

La modernización entre cafetales

San José, Costa Rica, 1880-1930



Florencia Quesada Avendaño

La modernización entre cafetales

San José, Costa Rica, 1880-1930

Florencia Quesada Avendaño



EDITORIAL
UCR
2015

307.141.6

Q5m

Quesada Avendaño, Florencia, 1968-

La modernización entre cafetales : San José, Costa Rica, 1880-1930 / Florencia Quesada Avendaño. – 1. ed., 1a. reimp. – [San José], C.R. : Edit.UCR, 2015.

xxiv, 274 p. : il. (algunas col.), fot., mapas (algunos col.).

ISBN 978-9968-46-263-1

1. DESARROLLO DE LA COMUNIDAD URBANA. – SAN JOSÉ (COSTA RICA).
2. SAN JOSÉ (COSTA RICA) – HISTORIA – 1880-1930. I. Título.

CIP/2765

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2011

Primera reimpresión: 2015

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Rebeca Ramírez* • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández* • Diseño, diagramación y portada: *Lorena Barrantes*
Control de calidad: *Priscila Coto y Wendy Aguilar* • Imágen de portada: *Sin autor, tarjeta postal coloreada, colección Tomas Dueñas, c.1920*
Imagen de contraportada: *Sin autor, Universidad de Costa Rica, Escuela de Arquitectura, Colección Edgar Vargas y Daniel Dominguez, sin fecha.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impresión bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN, fecha de aparición, abril 2015.

Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. IG 945

*A Victoria, Alejandra, Isabel y Gabriela
Por el derecho a la ciudad*

Contenido

Prefacio	xiii
Introducción	xix
<i>Lo urbano desde la microhistoria y la historia urbana cultural</i>	xxi
<i>Modernización, producción social del espacio y representaciones urbanas</i>	xxiv
I. Antecedentes	
De la Boca del Monte a la capital nacional (1737-1880)	1
Orígenes y consolidación de la estructura urbana	2
<i>Las nuevas villas, en la Boca del Monte: San José</i>	2
Después de la independencia, capital del Estado	11
<i>La pervivencia de la ciudad colonial</i>	13
<i>Los relatos de viajeros como fuente histórica</i>	13
<i>El verdor centralino inmerso en cafetales</i>	18
<i>La cuadrícula urbana</i>	23
<i>La Plaza Central: corazón urbano</i>	26
<i>Fuera del mercado: “monotonía” y quietud</i>	29
<i>Viviendas, infraestructura y servicios públicos</i>	30
<i>La religiosidad “profana”</i>	32
Juan Rafael Mora: preámbulo de la transformación	35
<i>La consolidación del centro partido</i>	35
<i>La primera cañería de hierro</i>	38
<i>Los serenos y la reorganización del alumbrado</i>	39
<i>Diversiones urbanas: peleas de gallos, juegos de azar y el primer teatro</i>	40
Conclusión	43

II. Ideología	
Progreso y ensanches	45
Los liberales, la ciudad moderna y los mitos del progreso.	46
<i>El concepto urbano de progreso</i>	52
<i>¿Un modelo de ciudad? El ensanche de la cuadrícula</i>	57
<i>El ingeniero municipal, la ley de ensanches</i> <i>y el primer plano moderno</i>	57
<i>La dirección del crecimiento</i>	59
<i>Los ensanches en manos privadas</i>	71
III. Higiene	
Motor ideológico del cambio urbano	73
La <i>intelligentsia</i> higienista en acción	74
<i>Los inspectores de la mugre: la Policía de Higiene</i>	79
<i>El progreso desde el subsuelo: el saneamiento de San José.</i>	85
<i>¿Hierro o acero? He ahí el dilema</i>	91
<i>La segunda fase del saneamiento</i>	102
<i>El mantenimiento de las calles</i>	104
<i>La Comisión Técnica de Cañería y Cloacas</i>	108
Conclusión	114
IV. Transformación	
La modernización del espacio público (1880-1930)	116
Higiene, héroes, verdor y nación: modernidad y espacio público	116
<i>El Parque Central: el microscópico paseo futuro</i>	121
<i>El Parque Morazán, por el héroe fusilado</i>	124
<i>La avenida de las Damas: la calle-bulevar</i>	131
<i>La Plaza de la Estación para el Monumento Nacional</i>	134
<i>La Plaza de la Fábrica: toros, “concordias” y disputas</i>	136
<i>El bulevar hacia el oeste: la calle a La Sabana-Paseo Colón.</i>	139
<i>La Sabana: herencia de Chapuí</i>	140
<i>El hipódromo de corta vida</i>	141
<i>Otra infraestructura</i>	143
<i>Los parques y las fiestas cívicas:</i> <i>entre modernidad y tradición</i>	146

<i>La Plazoleta de la Soledad, los mercaditos pasajeros</i>	153
<i>El Parque de La Dolorosa</i>	154
<i>Al libertador de América: el primer parque zoológico</i>	154
<i>Otro monumento a un héroe liberal, otro parque</i>	155
<i>La Plaza de la Colección, al padre modernizador</i>	156
<i>El Parque Carrillo, al padre fundador</i>	158
La conclusión de un ciclo de verdor selectivo	160
V. Imaginarios foráneos y locales	
Viajeros y guías de la ciudad	161
El perfil de los viajeros y las viajeras a inicios del siglo XX	162
La miniatura pintoresca capital de Centroamérica	164
<i>La valoración del paisaje</i>	165
<i>La uniformidad del conjunto urbano</i>	168
<i>La ciudad moderna y progresista</i>	169
El imaginario urbano y arquitectónico	174
<i>Los íconos arquitectónicos</i>	175
<i>Los mitos y la higiene</i>	177
<i>La marginalidad urbana ignorada por los viajeros</i>	179
VI. Imaginarios fotográficos	
La euforia del progreso y el “lente” burgués	184
Las fuentes	187
<i>Álbumes fotográficos de Costa Rica</i>	187
<i>El Libro Azul</i>	191
<i>Tarjetas postales</i>	192
<i>Revistas culturales ilustradas</i>	193
<i>La Geografía de Costa Rica ilustrada</i>	194
El orden social y el estilo monumental	195
<i>La San José idealizada</i>	196
<i>La temática fotografiada</i>	202
<i>Arquitectura</i>	204
<i>Parques y espacio público:</i>	
<i>la celebración de la naturaleza civilizada</i>	212

<i>El tranvía y otros medios de transporte</i>	218
<i>Vistas panorámicas</i>	221
<i>La ciudad ausente</i>	224
La imagen higienizada en tonos color de rosa	228
Conclusiones: los legados de la ciudad burguesa	231
Anexo	237
Fuentes	239
<i>Archivos</i>	239
<i>Fuentes impresas</i>	240
<i>Bibliografía</i>	245
Índice de figuras	269
Índice de cuadros	271
Acercas de la autora	273

I. Antecedentes

De la Boca del Monte a la capital nacional (1737-1880)¹

En Centroamérica, las actuales capitales nacionales tuvieron historias singulares.² Como lo fue el caso de San José, una ciudad secundaria de fundación tardía en la colonia, que llegó a convertirse en la capital del país en las primeras décadas del siglo XIX. San José tuvo sus orígenes hacia 1737, pero el asentamiento y desarrollo más estable se llevó a cabo solo después de 1760. En 1823 fue declarada como capital del estado de Costa Rica y desplazó a la antigua capital colonial; Cartago. Para analizar las transformaciones urbanas en San José a partir de 1880, es necesario conocer tanto los orígenes de la villa como el desarrollo y la consolidación de la capital del naciente estado. Un balance comparativo de su evolución urbana en el siglo XIX, posibilita señalar cómo y qué se transformó en la ciudad, pero también cuáles elementos se mantuvieron como parte de la herencia colonial en la nueva fase de crecimiento, a finales del siglo XIX.

En la primera parte del capítulo se analizan los orígenes de San José y el asentamiento y la consolidación de la estructura urbana. Asimismo, se estudian las principales causas y razones del origen de la villa de mestizos y su rápido crecimiento dentro del contexto de las Reformas Borbónicas. En la segunda parte, se caracteriza a San José entre 1821 y 1870. Primero se analizan las causas políticas y económicas del rápido ascenso y consolidación de San José como capital del Estado. Luego, se indaga sobre la imagen que hicieron de ella los viajeros extranjeros. Con base en estas descripciones y otras fuentes primarias, se reconstruyó el espacio urbano, su infraestructura pública y privada, el uso del espacio público, las principales actividades y diversiones urbanas, entre otras, respondiendo a las siguientes interrogantes: ¿La llegada de la Independencia y las décadas siguientes marcaron una transformación y un crecimiento urbano diferente del período colonial? ¿Cómo fue descrita y percibida la ciudad por los viajeros del siglo XIX? ¿Cuál fue la fisonomía y el uso del espacio público antes del llamado período liberal?

1 En 1709, la actual San José fue conocida como la Boca del Monte, en 1751 Villita de la Boca del Monte, en 1777 Villa Nueva de San José, en 1801 Villa de San José y en 1813 adquiere el título de Ciudad (Bustamante, 1996: 74-89).

2 Managua y Tegucigalpa se convirtieron en capitales solo hasta la segunda mitad del siglo XIX, aunque Tegucigalpa fue fundada en el siglo XVI, se convirtió en capital hasta 1880. Mientras que Managua sí es un caso único de una ciudad fundada en el siglo XIX y declarada capital en 1852 (aunque hasta 1857 tuvo efecto después de los acuerdos Jerez-Martínez). Musset, (2002: 46, 115, 268, 290) y Hardoy (1991:14). La Ciudad de Guatemala también presenta una historia singular, debido a la destrucción de Santiago de los Caballeros (Antigua) en los terremotos de Santa Marta en 1773 y el traslado y construcción de una nueva capital en Guatemala de la Asunción (Ciudad de Guatemala), a finales del siglo XVIII (Zilbermann 1987).

Orígenes y consolidación de la estructura urbana

Durante el siglo XVIII, en Hispanoamérica se vivió una nueva oleada del proceso fundacional, comparable con el intenso proceso de fundación urbana del siglo XVI. La segunda mitad del siglo XVIII fue un período de recuperación demográfica con el consiguiente aumento de la población en general, que se tradujo en un aumento de la población urbana. En términos urbanísticos, esta nueva etapa de fundación de ciudades en Hispanoamérica, tuvo como característica fundamental la reducción del tamaño de las manzanas y una mayor división en el número de parcelas (Terán, 2002:26). Aunque muchas de las ciudades se fundaron siguiendo las pautas recomendadas en la *Recopilación de las leyes de los Reinos de Indias*, muchas otras se originaron de una diversidad de variantes (Solano 1990:94). La mayor parte de las nuevas fundaciones urbanas hispanoamericanas en el siglo XVIII, se crearon por razones estratégicas, impulsadas por la Corona para la urbanización de áreas marginales o zonas de frontera. Las campañas de colonización estaban orientadas a defender los territorios fronterizos y los dominios españoles, de otras potencias europeas.

También se fomentó la creación de nuevos poblados para conglomerar a una población dispersa que vivía al margen de la ley y para tener un mayor control tributario y religioso de estas poblaciones. Por último, como parte de las Reformas Borbónicas, también se fomentó la creación de nuevos poblados que pudieran incrementar el rendimiento económico de regiones marginales, fuera de los centros tradicionales de poder (Vega I, 1989:244). En el Reino de Guatemala en el siglo XVIII, el proceso fundacional tuvo importancia y fue promovido, en parte, por las razones anteriormente mencionadas, o sea, por la dispersión de blancos y mestizos fuera del control de la Iglesia o de la Corona y porque estaban fuera de los núcleos urbanos principales (Solano, 1990:136). Es dentro de este contexto que se fundan diversas villas en la provincia de Costa Rica, en el Valle Central occidental durante el siglo XVIII: Villa Vieja (Heredia), Villa Nueva (San José) y Villa Hermosa (Alajuela) respectivamente (Meléndez, 1989:165-177). Estas tres ciudades, junto con Cartago, conforman en la actualidad la Gran Área Metropolitana en donde se concentra la mayor parte de la población de Costa Rica.

Como fue práctica común en las colonias españolas en América, muchos de los poblados o villas no surgieron a partir de un acta fundacional, ni de reparto de solares o ejidos y ni siquiera de una traza inicial. Más bien, fueron parte de un lento proceso de crecimiento a partir de un núcleo generador, que paulatinamente se adscribió a la legislación indiana y que adoptó el modelo en damero en su organización urbana (Gutiérrez,1997:85). Este fue el caso de San José, cuyo origen fue una pequeña ermita que congregaba a un vecindario rural disperso, y que por su posición estratégica logró importancia productiva y comercial a finales del siglo XVIII.

Las nuevas villas, en la Boca del Monte: San José

Durante el período colonial, los pobladores de la provincia de Costa Rica, que habitaban en el Valle de Aserrí, Curridabat, Pacaca y Barba, dependían en lo religioso y

lo político de Cartago. Por la lejanía de estos pueblos de Cartago y lo intransitable de los caminos, los españoles acudían a sus deberes religiosos a los pueblos de indios más cercanos. Esta situación no fue aprobada por las autoridades religiosas y motivó a los españoles de los valles de Aserrí y Barba a solicitar la edificación de su propia iglesia. Primero se construyó una ermita pajiza en el paraje llamado *La Lagunilla* o el *Barreal* hacia 1706 (González F., 1943:28). A pesar de la construcción de esta ermita la situación no cambió sustancialmente, y las autoridades continuaron con las amenazas de excomulgar a los pobladores que no asistieran a misa. Como solución se declaró la ayuda de parroquia de la Inmaculada Concepción de Cubujuquí (Heredia) en 1736.

En ese mismo año, el Cabildo Eclesiástico de León ordenó que se edificara una iglesia en la “abra de la Boca del Monte” (Fernández L., 1889:348). Con esta medida se intentaba conglomerar a los habitantes dispersos en el valle de Aserrí, para que cumplieran con sus obligaciones religiosas. La ayuda de parroquia de *San José de la Boca del Monte*, se estableció en 1737 y, un año después, se concluyó la construcción de la primera ermita dedicada al “Santo Patriarca de San Joseph” (González, V., 1958:476-477).

El sitio que se escogió para la ermita fue una planicie situada entre los ríos Torres y María Aguilar –zona que tuvo núcleos de asentamiento español desde finales del siglo XVI–, que ocupaba una posición estratégica como ruta de paso, de comercio y descanso; entre los diferentes valles, y de comunicación entre los pueblos de indios (Meléndez, 1989:167). Antes de la llegada de los españoles, el valle central occidental, fue parte del cacicazgo de Garabito y de Aserrí, Curridabat y Pacaca, los cuales fueron subyugados por los españoles. Durante el posterior proceso de colonización, su población fue reducida en “pueblos de indios (Ibarra, E., 1990:33-37).”

La fecha de “fundación” de San José, si es que se puede hablar de tal acto, ha sido ampliamente debatida dentro de la historiografía de la ciudad. Los primeros cronistas de la ciudad, como Bernardo Augusto Thiel, Cleto González Víquez, Ricardo Fernández Guardia y Luis Felipe González Flores, plantearon que 1755 fue un año fundamental para la formación de San José y el momento a partir del cual la villa tuvo un asentamiento más estable, por lo que debía considerarse esta como la fecha de su fundación (González, V. *et ál.*, 1958:485 y Núñez, 1973:19). Joaquín Bernardo Calvo, quien realizó una de las primeras reseñas sobre San José desde sus orígenes, basado en las fuentes de León Fernández; aunque señala la conclusión de la ermita en 1738 y el informe de Morel de Santa Cruz, hace énfasis en que el verdadero crecimiento de San José se lo dio el tabaco (Calvo, 1886:169-171). Oficialmente, la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica acordó en 1951, decretar la fundación de la capital en 1737, porque en ese año se nombró la primera autoridad y se levantó el primer padrón de habitantes de la villa (González, V. *et ál.*, 37-59).

Más allá de los decretos oficializados de la “fundación” de San José, lo que es importante recalcar es que aún para mediados del siglo XVIII, la traza urbana de lo que hoy es San José, no tenía ni tan siquiera el aspecto y mucho menos la estructura de un pequeño poblado. En palabras del siempre citado obispo Morel de Santa Cruz, que estuvo en la provincia de Costa Rica en 1751:

Cuatro leguas al norte de Aserrí, en un llano muy ameno; está una población con el diminutivo de Villita, por que ahora se va formando. Compónese de once casas de teja, quince de paja, *sin formar plaza, ni calle*; faltábale agua y se ha conducido por acequias: la iglesia es la más estrecha, humilde, e indecente de cuantas vi en aquella provincia, su titular San José.³

Según Morel, se quería erigir al poblado en parroquia “ya que la administración era muy difícil en tiempo de invierno y el territorio ‘dilatado’. Su longitud se extendía a 10 leguas y su latitud a 5, había 220 casas de teja y 194 de paja, algunas con hacienda de trapiche, otras con ganado vacuno. Como lo atestigua el obispo, no había en la naciente villa una estructura urbana, sino más bien un poblado compuesto por algunas casas dispersas en el valle; la villa no estaba organizada en un cuadrante urbano, porque este no existía, no estaba delineado.⁴ En otras palabras, el elemento fundamental de una ciudad o villa colonial, la plaza central, eje estructurador del damero, no se había conformado en 1750. El testimonio de Morel permite entender cuán diferente fue el origen de este pueblo secundario con respecto a la bien planificada –al menos en el papel–, Ciudad de Guatemala, centro de poder de la Capitanía General de Guatemala, a la cual pertenecía la provincia de Costa Rica.

A partir de 1751 se tomaron algunas medidas para promover el asentamiento de los vecinos en la villa; una de ellas fue la construcción de una acequia para llevar agua potable a los vecinos, obra que estuvo a cargo del padre Juan de Pomar y Burgos.⁵ En ese mismo año, el padre ordenó ampliar la capilla mayor y se agrandó el cuerpo de la iglesia. En 1752 se concedió a los vecinos del valle de Aserrí, la separación del teniente-gobernador de Barva, y se nombró a Gregorio Sáenz como teniente-gobernador del Valle de Aserrí (Fernández, L., 1889:383). Tres años después –1755–, el alcalde de Cartago, Tomás López del Corral, teniendo en cuenta que ya no se podría alegar la falta de agua para el poblamiento de la villa y, sobre todo, porque según sus palabras “las pocas casillas que en ella habían construido, no las habitaban y ya se habían caído”, volvió a emitir un bando para forzar a los habitantes dispersos a que “se radicaran bajo la campana de la iglesia” (Fernández, L., 1889:386). Los vecinos con más recursos debían trasladarse inmediatamente, y los vecinos pobres que no contaran con hacienda de trapiche o ganado, tuvieron un plazo mayor para el traslado, pero con la obligación de señalar lo más pronto posible el lugar donde querían residir, para que se les asignara solar (Fernández, L., 1889 y González

3 *Archivo Nacional de Costa Rica* (en adelante ANCR), Complementario Colonial (en adelante CC), 7381, f. 35. Esta fuente ha sido citada en casi todos los trabajos de San José, tanto por su riqueza pero especialmente por ser la única fuente escrita hasta ahora conocida que describe como era la villa en 1750. El subrayado es mío. “Visita Apostólica, Topográfica, Histórica y Estadística de todos los pueblos de Nicaragua y Costa Rica, hecha por el Illmo. Señor D. Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, Obispo de la Diócesis, en 1751, y elevada al conocimiento de SMC Fernando VI, en 8 de setiembre de 1752”.

4 Sobre la polémica entre asentamiento nucleado o disperso en los orígenes y desarrollo del Valle Central, ver Gudmundson.

5 Desde 1747 ya se había emitido un bando para dotar de agua a la ciudad que no fructificó. El 28 de febrero de 1747, el gobernador, a fin de fomentar la población de la villa, autorizó al capitán Manuel de Castro para que hiciera un repartimiento entre los vecinos. El mismo Castro emprendió los trabajos para proveer de agua a la población con el auxilio de los vecinos del valle de Aserrí (Fernández, L., 1889:376).

V. *et ál.*, 482-483). Esta medida, aunque probablemente fue acatada por algunos vecinos, no dio los resultados esperados, ya que se volvieron a emitir bandos similares hasta el año de 1777, para obligar a la población a congregarse y construir sus casas en el centro de la villa. Esto prueba el largo proceso de creación de un núcleo estructurador del crecimiento, de la entonces Villa Nueva de San José.

Una querrela presentada en 1755 por el clérigo José de Chávez en contra de Tomás López del Corral, demuestra la reticencia de algunos pobladores del Valle de Escazú ante el bando emitido ese año.⁶ Chávez denunció a Juan Cristóbal Álvarez por la injurias que este le había proferido a la salida de la misa mayor, en la puerta de la iglesia de la población de la *Boca del Monte*, y que días atrás había hecho lo mismo con el Capitán José Nicolás de Zamora, Comisario de Justicia de esa población. Álvarez encabezaba un grupo de cuarenta vecinos del Valle de Escazú, que no querían acatar las órdenes de trasladarse a vivir a la Boca del Monte.⁷ Por sus impropiedades y sobre todo por sus intenciones, López del Corral mandó a encarcelar a Cristóbal Álvarez en uno de los calabozos de la Ciudad de Cartago.⁸

En la historiografía de la ciudad durante el siglo XX, cuando se refieren a los orígenes de San José, siempre se cita como una fuente única e inequívoca el trabajo pionero de González Víquez.⁹ González Víquez sugirió que el año de 1755 fue clave en la historia de San José, —después del bando de Tomás López del Corral— porque fue cuando se delineó el primer cuadrante, se construyó la plaza frente a la ermita y se trazaron las primeras calles de San José. González Víquez (González, V. *et ál.*, 483) sustenta su afirmación en el bando de Tomás López del Corral de 1755, que establecía que los pobladores “avisando primero del lugar en que quisieran ponerse para que [...] se les mida solar competente” y también a partir de la mención de algunas casas en San José en los protocolos coloniales que dieron por sentado la estructuración de un cuadrante. ¿Cuántos vecinos acataron la orden de López del Corral? y, si así lo hicieron, ¿se congregaron cerca de la ermita en un cuadrante o continuaron en un área dispersa? ¿Dónde se ubicaban estas casas? González Víquez no dio referencia de sus fuentes y no he localizado ninguna que mencione la construcción de un cuadrante en 1755.

Lo más probable es que nunca hubo una disposición oficial de hacer un cuadrante en esa fecha y no es posible afirmar, en el estado actual de la investigación, cuando se llevó a cabo la formación del mismo.¹⁰ Luis Felipe González Flores menciona que fue a partir de 1761, que en los protocolos coloniales se menciona por primera vez la plaza de la

6 ANCR, CC, 6230, 15-9-1755, fs. 1-1v.

7 El 28 de agosto de 1755 se había ordenado a los habitantes de *Iscasú* (Escazú) que se trasladaran inmediatamente a la Villa Nueva de la Boca del Monte, excepto los que tenían cañaverales con trapiche o más de 25 cabezas de ganado (Fernández, L., 1889:376).

8 ANCR, CC, 6230, 15-9-1755, fs. 1-1v.

9 Solo por citar algunos ejemplos: Abarca, *et ál.*, (1990:37), Mora, (1973), Bustamante (1996), Núñez (1973), Meléndez (1991), Salazar (1986), Álvarez y Gómez (2000).

10 Carlos Meléndez sugirió que para 1755 o 1756, San José tuvo su primer cuadrante y cita a León Fernández. Pero el documento colonial a que hace referencia Meléndez se refiere a la formación de Villa Vieja (Heredia) y no de San José (Meléndez 1991:142 y Fernández, L., 1889:457). ANCR, CC, 6230, 15-9-1755, fs. 1-1v.

población de San José –frente a la primera ermita– y el cabildo –hoy Banco Nacional–, lo mismo que las casas de la nueva población.¹¹

Por lo tanto, el año de 1755, señalado como uno de los hitos fundamentales en la historia de San José, a pesar de su valor e importancia, debe ser situado dentro de un largo proceso que permitió la constitución del núcleo urbano en la segunda mitad del siglo XVIII. En otras palabras, no como la fecha esencial del surgimiento de la estructura urbana, sino como uno de los muchos eslabones de la larga cadena del crecimiento de San José. La formación del damero de la villa se llevó a cabo por medio de un proceso “espontáneo” y paulatino, a medida que se fue poblando, y no por medio de un trazado o plan preconcebido, que se consolidó solo hasta las últimas décadas del siglo XVIII. El “empujón” que fue básico para su crecimiento, fue posible gracias a las medidas tomadas dentro del contexto de las Reformas Borbónicas.

Entre 1765 y 1768, Luis Díez Navarro elaboró un plano sobre los límites y el territorio que comprendía la nueva población del Valle de Aserrí y, en 1767, se fundó la parroquia de San José.¹² Probablemente, ambas medidas se tomaron, primero, para delimitar y conocer claramente la zona que ocuparía la jurisdicción y, segundo, para consolidar dentro del aspecto religioso el estatus de la villa y fomentar el asentamiento de la población que continuaba dispersa en el valle. La creación de la parroquia en 1769, fue de gran importancia para el crecimiento de la ciudad, la formación de su cuadrícula y la definición del espacio público y de poder en San José. En 1776, el padre Manuel Antonio Chapuí (primer cura por el Real Patronato de 1772 a 1782) ordenó construir una nueva iglesia de adobes para la parroquia a una cuadra al sur del sitio original de la primera ermita, –actualmente la Catedral Metropolitana– que se terminó en 1781 (Sanou, 2000:261). Frente a la iglesia se creó la plaza central (la segunda plaza principal de San José) como lo dictaban los principios urbanísticos españoles. Paulatinamente se llevó a cabo la jerarquización del espacio, a partir de este centro de poder, con el asentamiento de los vecinos principales; el cual se mantuvo en la mayor parte del siglo XIX, con la tendencia de las élites de asentarse hacia el noreste (Hall, 1991:75). Otros edificios principales se construyeron alrededor de la Plaza Central, a partir de finales del siglo XVIII, lo que consolidó su importancia; como el traslado del cabildo al noreste de la plaza principal en 1799 y el establecimiento del cuartel principal en 1828 en el noroeste de la misma (actual teatro Melico Salazar).¹³ Así quedó el eje urbano *compartido* entre estos dos polos de desarrollo y de poder, lo cual le dio una característica peculiar a San José.

La resistencia al poblamiento en diversas villas del país persistió por largo tiempo, ya que el gobernador Juan Fernández de Bobadilla volvió a decretar en 1777, que los

11 González Flores (1943:38) tampoco da referencia exacta de sus fuentes, pero menciona en general los índices de protocolos coloniales.

12 El ingeniero Luis Díez Navarro fue también el autor del primer plano de la Nueva Guatemala de la Asunción. *ANCR*, Mapas y Planos (en adelante MP), 8056. “Plano de la medida del pedazo de tierra de la nueva población del Valle de Aserrí.” Hecho por Luis Díez Navarro, Guatemala 1765 a 1768.

13 En el plano de San José de 1851 el Cabildo se ubica a cinco cuadras al norte de la Plaza Central (González V. *et ál.*, 1987:45 y Fonseca y Barascout, 1998:121).

lugartenientes de Villa Nueva, Villa Vieja y de la ciudad de Esparza, ordenaran a las familias: “[...] que hubiesen trasladado sus casas a los campos de sus distritos, las fabriquen de nuevo en las poblaciones que les pertenecen...” (Fernández, L.: 1907,45-46). Al comparar los dos padrones generales de la jurisdicción –1777 y 1783–, es claro que las medidas compulsivas del gobernador, impulsadas por las Reformas Borbónicas, unidas a la coyuntura favorable de crecimiento de San José, permitieron el aumento poblacional en la jurisdicción, especialmente de la mestiza, base de la población de San José (cuadro N.º 1); aumento en la jurisdicción que también se reflejó en el crecimiento y consolidación de su núcleo urbano.

Cuadro N.º 1
Población de la jurisdicción de Villa Nueva –San José–

Año	Población	Año	Población
<i>1777</i>		<i>1783</i>	
Espanoles	568	Espanoles	577
Mestizos	764	Mestizos	3 664
		Mulatos	628
Total	1 332	Total	4 869

Fuente: ANCR, CC, 3608, 13-12-1777 y 487, 22 -1-1783.

Aunque los datos de ambos padrones no son totalmente comparables por la disparidad de información, aportan información que vale la pena recalcar. Por ejemplo, la población mestiza aumentó en 2900 personas en seis años, mientras que la española se mantuvo casi igual; incluso, en 1783 la población mulata fue mayor que la española. Con respecto al número de viviendas, en el padrón de 1783 se contabilizaron 969 casas en el vecindario de la Villa Nueva. Si se comparan con los datos de Morel de Santa Cruz, sobre las viviendas contabilizadas en el núcleo urbano y en su circunscripción (231 casas de tejas y 209 de paja), hubo un aumento de alrededor de 529 viviendas en 32 años.¹⁴

Después de 1777 no se dio otro bando que obligara a los pobladores a asentarse en la villa, como había sido la tónica hasta entonces. Y, por ello, se puede afirmar que hacia la década de 1780, como se interpreta del cuadro N.º 1, hubo un aumento de los habitantes de la jurisdicción, por ende, un asentamiento permanente y un crecimiento de la estructura urbana. Vale la pena destacar que Felipe Molina (1851:51) señaló en 1851, en su *Bosquejo histórico de la República de Costa Rica* –primera caracterización de la capital en un texto oficial– que la ciudad contaba con alrededor de 70 años de existencia, o sea, refiriéndose a la década de 1780 como a los inicios del crecimiento de la ciudad.¹⁵

14 ANCR, CC, 487, 22 -1-1783, f. 1, CC, 7381, 1751, f. 35.

15 La misma apreciación hicieron los viajeros Wagner y Scherzer en 1853, quienes conocían el texto de Felipe Molina, traducido al alemán y publicado en Berlín por la Sociedad de Colonización para la América

En San José, el centro de poder religioso representado por su parroquia, como lo analizamos anteriormente, siempre estuvo *compartido* con el nodo originario que conservó y concentró sobre todo las funciones político-administrativas-militares y donde se construyeron los principales edificios de gobierno. Esta función político-administrativa-militar, se consolidó después de la independencia, cuando San José se convirtió en la capital del país, especialmente en el período de gobierno de Juan Rafael Mora. Uno de los primeros edificios públicos de importancia, construido en el núcleo originario durante la época colonial, fue la Factoría de Tabacos y sus almacenes, cuya construcción se aprobó en 1782 (Fonseca y Barascout, 1998:137-138). Este edificio sirvió en la época independiente para albergar las oficinas de gobierno y los primeros jefes de estado. Posteriormente se inició la construcción a la par de la Factoría, de la Iglesia de la Merced (1816).¹⁶

Como lo planteó Steven Palmer (1996b:188), es necesario contextualizar la fundación y crecimiento de San José como parte de la política reformista borbónica de la segunda mitad del siglo XVIII y abordarlo desde un nivel más comparativo y general. Entre otras medidas, las reformas promovieron el asentamiento de poblaciones rurales para gravar y controlar mejor a sus habitantes y fomentaron la descentralización de los sistemas urbanos. Con ello se buscaba debilitar las jerarquías locales y, a su vez, consolidar la autoridad mediante la redistribución de los privilegios de los diferentes grupos sociales (Palmer, 1996b:188). Una de las medidas de los Borbones que favoreció al crecimiento de la naciente villa, fue el establecimiento de la Factoría de Tabacos en San José en 1782. Desde 1787 hasta 1792, se acordó reducir todas las siembras de tabaco del Reino de Guatemala a la provincia de Costa Rica (Fernández, L., 1907:193-196).

Los Borbones promovieron las economías regionales (en este caso de la Provincia de Costa Rica) en parte para debilitar la preeminencia de la Ciudad de Guatemala en la región. Por lo tanto, para la Corona, otorgar el monopolio del tabaco a Costa Rica —a pesar de su mala calidad— significó tener mayor control de la producción, tratar de evitar el contrabando (por el aislamiento y situación geográfica) y fomentar el comercio en la provincia. Según la Corona, Costa Rica debía tener el monopolio “dictando los principios de todo buen gobierno y sana política” y “distribuir los ramos de industria entre las provincias, *para que todas florezcan igualmente*” (Fernández, L., 1907:195). La importancia que comenzó a tener San José con el tabaco, fue evidente en el mapa realizado por la Corona en 1787; uno de los primeros mapas donde se hace mención de Villa Nueva (San José) y que señalaba las poblaciones productoras de tabaco en el Reino de Guatemala (figura N.º 2).

Central (Quesada C., 2003:106-107, Wagner y Scherzer, 1974:174). También en la Geografía Universal de Reclus de 1877, se mencionó que San José, la capital de Costa Rica: “que cuenta apenas con 100 años de existencia”, refiriéndose al período de 1770-80 como el período de su creación (Reclus, 1877:378).

16 *ANCR*, CC, 4546, 16-8-1816, f. 10. En 1816, los vecinos principales de la ciudad de San José acuerdan el plano para la construcción del oratorio de Nuestra Señora de la Merced, “todo el largo que diere el solar con intermisión de tres varas entre la Factoría de Tabacos y la capilla.” Pero, para 1849, la iglesia todavía no se había terminado, por lo que el gobierno autorizó pedir una limosna en todos los “pueblos de la República” para obtener la suma de cuatro mil pesos y concluir el edificio. Se contrató a Juan Jenkin [sic] para construirlo. *ANCR*, Gobernación, 26544, 12-9-1849, fs. 71-84.



Figura N.º 2. Poblaciones productoras de tabaco en el Reino de Guatemala, 1787.
 Fuente: Archivo General de Indias, Mapas y Planos, Guatemala, 309.

Víctor Hugo Acuña demostró que la riqueza generada por el cultivo del tabaco, abrió el camino para la preeminencia de San José sobre las otras ciudades del Valle Central. El tabaco permitió la monetización de la provincia, cierta acumulación de capital, una mejora en las vías de comunicación y el crecimiento y predominio de la ciudad de San José” (Acuña, 1974). El tabaco se dejó de plantar en Cartago y Ujarráz en 1784, en 1795 en Curridabat y en 1814 en Heredia, por lo que el cultivo a partir de 1815, se limitó a las tierras comunales de San José. Fue precisamente entre 1780 y 1820, cuando San José tomó la delantera, material y demográfica, con respecto a Cartago, Heredia y Alajuela (Molina, J., 1991:59). En el siglo XIX, el café le dio el toque de gracia que permitió su consolidación como capital del Estado.

La donación de terrenos que hizo en su testamento el presbítero Manuel Antonio Chapuí de Torres (1713-1783), en agosto de 1783 (un año después de haber sido establecida la Factoría de Tabacos), fue una de la más importantes contribuciones para el asentamiento de los pobladores en San José, durante una coyuntura propicia, cuando se consolidaba su estructura urbana. Chapuí donó a los pobladores de la villa sus tierras, con la condición de que “todos los que quisiesen sitio para vivir sea bajo la campana” (Fernández, L., 1889:426). O sea, el legado de Chapuí fue un estímulo para el asentamiento urbano de forma más estable, en un momento primordial de su crecimiento. Uno de los valiosos legados de Chapuí a San José es La Sabana: el primer parque suburbano de San José. Hoy día, el Parque Metropolitano de La Sabana, además de ser uno de los escasos pulmones capitalinos, es una zona exclusivamente dedicada al deporte (Gimnasio y Estadio Nacional, piscinas públicas, Federación de Fútbol), la recreación y la cultura (Museo de Arte Costarricense y Jardín de Esculturas).

Diez años después del legado del padre Chapuí, se encomendó a Manuel Torres Romero la creación de un plano de la ciudad (1793-94) y se cuadraron las manzanas desde el río Torres hasta la Puebla y desde Cuesta de Moras hasta el llamado Potrero Viejo. Esta es la primera referencia de un “plano” de San José y de la estructuración de un cuadrante. En la descripción del plano se señala que “quedaron repartidos los solares y “sitios de vivir” y se definieron los límites del casco central de San José.¹⁷ En 1830, la municipalidad procedió a la subasta de una parte del terreno legado por Chapuí, con excepción de la Mata Redonda, para invertirlo en una casa para la municipalidad y para obtener fondos para la Casa de Enseñanza de Santo Tomás.¹⁸ Uno de los argumentos para vender los terrenos fue que la tierra donada para que los vecinos de la misma se establecieran “bajo la campana” ya se había otorgado y todos los solares habían sido asignados, según constaba en el plano de Romero de 1793. Para disponer de forma más eficiente de ese legado y favorecer a sus habitantes, la municipalidad subastó algunos solares, con excepción de La Sabana.¹⁹

17 “Desde las inmediaciones del río Torres hasta los confines de la Puebla, como a cuatro o cinco manzanas al sur de la plaza, y desde el pie de la Cuesta de Moras hasta el lindero de lo que se llamaba Potrero Viejo”. *ANCR*, Congreso, 962, 26-3-1830, f. 4. Delineación de San José 1793-94. El plano está perdido y solo está su descripción.

18 *ANCR*, Gobernación, 19-3-1830, 962, fs. 1-1v.

19 *ANCR*, Congreso, 26-3-1830, 962, f. 4.

En síntesis, no fue sino hasta finales del siglo XVIII, que la entonces llamada Villa Nueva, en gran parte favorecida por las Reformas Borbónicas, tuvo un mayor desarrollo y logró estructurar su núcleo urbano y una organización jerárquica colonial, marcada por el doble eje de poder entre el núcleo originario y la nueva parroquia y plaza central. A pesar de su tardío crecimiento durante la época colonial, el damero fue la base para el crecimiento de la ciudad, tanto en sus orígenes como en la mayor parte del siglo XIX. La jerarquización del espacio fue la dinámica de asentamiento a partir de la plaza central y sus alrededores, hasta finales del siglo XIX. Los pobladores más pobres vivían especialmente en el sector sur, en una zona parcelada a la que se le dio el nombre de la Puebla y que aparece mencionada desde 1759.²⁰

San José recibió el título de ciudad en 1813, gracias a las gestiones del presbítero Florencio del Castillo, diputado de la provincia de Costa Rica ante las Cortes de Cádiz.²¹ La justificación del presbítero para que se le otorgara tal mérito a la villa, se basó en que a la entonces provincia de Costa Rica no se le había premiado como a otros “pueblos” de la Capitanía General de Guatemala, por su fidelidad a Fernando VII durante la invasión de Napoleón Bonaparte a España. Por tal motivo, solicitó que a la villa de San José, que tenía cerca de 12 mil almas (contando) la “campana”, se nombrara como ciudad. Para Heredia, Alajuela y Ujarraz pidió el título de villa. En ese mismo año se creó el primer ayuntamiento en San José, que tuvo una corta duración (1814), pero con una labor destacada porque propició la fundación de la primera institución educativa, la Casa de Enseñanza de Santo Tomás (González, L.P., 1984).

Después de la independencia, capital del Estado

En 1823, San José fue declarada como capital del Estado de Costa Rica y sustituyó a la capital colonial: Cartago. Desde el punto urbanístico, aunque se introdujeron algunos nuevos servicios e infraestructura pública, la impronta colonial pervivió en la ciudad durante la mayor parte del siglo XIX. E incluso, fue solo a partir de estas décadas cuando el casco urbano finalmente se terminó de estructurar dentro del modelo ajedrezado. En esta coyuntura de transición política y económica y de conformación del estado y de la naciente capital, se reglamentó por primera vez la organización del espacio urbano y San José comenzó a adquirir la fisonomía de una “ciudad”, especialmente bajo el impulso de Braulio Carrillo (Vega C., 1981a:156-157).

En todos los conflictos bélicos de las primeras décadas de vida independiente, San José consolidó su posición política y económica como cabeza del país y logró superar las

20 Tanto Cleto González como Luis Felipe González, citando los protocolos coloniales, mencionan que desde 1759 se habla de la Puebla (González, *et ál.*, 1987:486 y González 1943:38).

21 *ANCR*, CC, 3669, 16-10-1813. El presbítero Florencio del Castillo, nacido en el pueblo de Ujarraz en 1778, tuvo una destacada participación en las Cortes de Cádiz, en donde fue elegido como representante de la Provincia de Costa Rica en 1811. Fue secretario y presidente de las Cortes y gracias a su labor en defensa de los indígenas se abolió la mita, la encomienda, el tributo indígena y el repartimiento. También luchó por los derechos de los negros. Fue declarado Benemérito de la Patria en 1972.

luchas localistas que caracterizaron al resto de Centroamérica.²² Este proceso comenzó con la batalla de Ochomogo (1823), la Guerra de la Liga (1835), el golpe de estado de Braulio Carrillo (1838) y la caída de Morazán (1842). En la Batalla de Ochomogo, a raíz del ascenso del imperio de Iturbide en México, se libró un enfrentamiento en Cartago y posteriormente en San José entre dos bandos: los que estaban a favor de la de la unión con dicho imperio, y los que estaban en contra de la anexión a México. La opción contra la anexión triunfó y San José fue declarada como la capital del Estado de Costa Rica.

Nuevamente, en la década de 1830, se vivió otro período de inestabilidad política y lucha por la capitalidad, cuando en 1833 se decretó la llamada *Ley de la Ambulancia*. Según la nueva medida, la capital rotaría cada cuatro años en las ciudades principales del Valle Central (Alajuela, Heredia, Cartago y San José). Este decreto fue abolido dos años después por el entonces jefe de estado Braulio Carrillo. Su derogación y la lucha por la capitalidad fue una de las causas que originaron la *Guerra de la Liga*. San José triunfó por segunda vez y se consolidó como capital en 1835 (Obregón, 1992:60). Carrillo decretó que la capital se ubicaría en San Juan del Murciélago (San Juan de Tibás), pero el traslado nunca se realizó, aunque fueron trazadas las calles y avenidas.

En 1838, el jefe de estado Manuel Aguilar, derogó el decreto de Carrillo y volvió a poner sobre la mesa de discusión la capitalidad de San José. Aguilar proponía que un Congreso Constituyente debía definir la residencia final de la capital (Obregón, 1992:60). La medida nunca se puso en práctica y tras un golpe de estado, Carrillo volvió a tomar el poder y no se volvió a discutir sobre la capitalidad. Ordenó que los poderes públicos que habían residido en Heredia se trasladaran a San José y con ello se consolidó “físicamente” la centralización de estos poderes en la capital. En suma, después de 1838 la capital residió en San José y nunca más se volvió a discutir o a plantear la idea de su traslado; un momento de trascendencia en su historia, que escasamente se menciona.

Carrillo promulgó la *Ley de Bases y Garantías* en 1841, la cual estableció en su artículo tercero un nuevo ordenamiento del territorio en cinco departamentos, encabezados por San José, Cartago, Heredia, Alajuela y Guanacaste.²³ Y, a la vez, la división de estos en pueblos, barrios y cuarteles. Además, se emitió el Reglamento de policía para la administración interna de los departamentos.²⁴ Desde el punto de vista urbano, este reglamento fue importante en el período independiente porque por primera vez se reguló el mantenimiento y organización en las ciudades, el cual estuvo a cargo de la policía urbana, la cual debía velar por el aseo, orden y diseño de las poblaciones. Fue en este período que San José tuvo algunos cambios incipientes en su infraestructura y servicios públicos, como la introducción del empedrado en las calles, el primer alumbrado público y algunas regulaciones para el mantenimiento de las viviendas y aceras, la vigilancia, el

22 *ANCR*, Provincial Independiente, 787, 15-5-1823, f. 3. En el segundo Estatuto Político promulgado el 16 de mayo de 1823, la ciudad de San José adquirió constitucionalmente el rango de Capital del Estado de Costa Rica.

23 Procuraduría General de la República de Costa Rica en línea. Ley de Bases y Garantías, <http://www.pgr.go.cr/scij/>

24 *ANCR*, Colección de Leyes y Decretos, Reglamento de policía, diciembre de 1841.

rastrero-mercado, las diversiones (las galleras, los billares) y la limpieza, entre otras (Vega C., 1981a:157 y Obregón 1992:246).

El factor económico y demográfico tuvo un peso fundamental en la consolidación de la supremacía de San José por encima de las otras ciudades del Valle Central. Según Lowell Gudmundson (1990:65), la ruptura cualitativa en el periodo posterior a 1830 y que permitió el liderazgo de San José, más allá de las luchas políticas anteriormente acotadas, fue posible gracias al café y al paso acelerado hacia el capitalismo agrario. Hacia 1830 el café comenzó a cultivarse en las grandes fincas del Valle Central, que en los primeros años de producción estaban concentrados especialmente al norte de la región de San José (Hall, 1991:74-75 y Molina J., 1991:246).

Luis Guillermo Salazar analizó cómo entre 1823 y la década de 1830, se llevó a cabo un período de activas transacciones urbanas, división de solares, adjudicación de títulos y compra y venta de propiedades en San José. Durante este período, el casco central quedó en manos de las principales familias del sector agroexportador, beneficiarias, comerciantes y ligadas al Estado, quienes se asentaron alrededor de la plaza central y con tendencia hacia el noreste de la misma, consolidándose la jerarquización y especialización del espacio urbano por parte de la elite cafetalera en San José, con el mismo patrón de asentamiento colonial (Salazar P., 1986:68). Mientras que los sectores más pobres se localizaron al sur y al noroeste de la ciudad.

El café dominó el centro y también los alrededores. Las plantaciones del llamado “grano de oro” destacaron el paisaje del Valle Central en el siglo XIX, pero también en la propia ciudad. Desde 1830, el café estuvo presente en el panorama urbano, ya que la mayoría de las casas en los alrededores de la plaza central, contaban con un solar sembrado de café (Salazar P., 1986:64). El impulso económico generado por el café, fue probablemente la razón por la que en 1839 el viajero norteamericano, John Lloyd Stephens sugirió: “Creo que San José, es la única ciudad de Centro América que ha crecido o siquiera progresado desde la Independencia” (Stephens, 1949:289).²⁵

La pervivencia de la ciudad colonial

Los relatos de viajeros como fuente histórica

La ciudad posterior a la independencia ha sido poco estudiada en la historiografía de la ciudad latinoamericana. Por la continuidad colonial en el ámbito urbano en las primeras décadas del siglo XIX, se ha centrado la atención en ella solo después de 1870, cuando se iniciaron cambios mayores en la sociedad y la economía, que permitieron el inicio de la transformación de las ciudades con nuevos modelos urbanos (Hardoy, 1975:35; Gutiérrez, 1989:253 y Romero, 1976:173-245). Como lo plantea Ramón Gutiérrez “con diversos gradientes podríamos afirmar que en su traza, tejido y buena parte de su paisaje

25 Según Hall (1991:131), el crecimiento acelerado comenzó solo hacia finales del siglo XIX. La población creció con un promedio anual de 2,8 por ciento entre 1864 y 1927, cuando la población en Costa Rica crecía entre 1 y 2 por ciento anualmente.

urbano, la ciudad americana del siglo XIX, conservó hasta 1870 el carácter de ciudad hispánica [...]” (253). Son escasas las fuentes para reconstruir el entorno urbano y la vida en la ciudad, cuando apenas comenzaba el proceso de conformación de los incipientes estados nacionales y la administración local. La literatura de viajes en el siglo XIX, mayoritariamente de europeos, es una de las fuentes para caracterizar a las ciudades centroamericanas durante el período posterior a la independencia.

Cientos de viajeros europeos y estadounidenses recorrieron América Latina en el siglo XIX –cima de la popularidad de este género literario– y dejaron una vasta producción bibliográfica.²⁶ Los relatos de viajeros estuvieron motivados por el interés de dar a conocer a un público europeo o estadounidense, las posibilidades que la región ofrecía para la inversión de capital, la apertura de nuevos mercados, fomentar la inmigración como parte de expediciones científicas o misioneras, o simples relatos de viaje inspirados por la aventura. Así fue como comerciantes, empresarios, científicos, arqueólogos, militares, miembros de sociedades de colonización, diplomáticos, periodistas, escritores, misioneros o aventureros, recorrieron América Latina, con el objetivo de publicar sus experiencias de viaje.²⁷

Tradicionalmente, los historiadores han utilizado los relatos de viajes como información para ilustrar sus análisis, cuyas citas tienden especialmente a exaltar la cara positiva del país y de sus habitantes. En este trabajo se exploran nuevas formas de analizar esta fuente, no en forma aislada sino cualitativa y cuantitativamente, como un corpus primario; a partir de la ciudad, con un acercamiento crítico de la fuente y como parte de una literatura imperialista de viajes.²⁸ Analizar la retórica e intereses presentes en los relatos e intentar decodificar esas *miradas imperiales* –según palabras de Mary Louise Pratt– que los extranjeros hicieron de San José y del Valle Central, es uno de los objetivos de este capítulo. Por otro lado, los viajeros también legaron una fuente, aunque parcial y subjetiva, rica en información sobre la vida cotidiana y urbana. Además del análisis retórico, nos interesa reconstruir, a partir de esta fuente, cómo fue descrita la capital costarricense entre 1824 y 1870, para reconstruir el entorno y la dinámica urbana y algunos elementos de la vida cotidiana, de la infraestructura, del uso del espacio público y de los servicios.

En el siglo XIX se llevó a cabo un cambio estilístico en el relato de viaje, que pasó de un relato de descubrimiento y aventura, en el que el mundo exterior y su redescubrimiento fueron el objeto central; a una experiencia que situó al viajero en el centro de las preocupaciones del relato (Pasqualí, 1994:91). El itinerario de viaje cobró un valor central en la narrativa, un carácter personalizado que ofrecía al lector (que en teoría podía realizar el viaje) información explícita y opiniones de los lugares que valía la pena visitar,

26 Hahner, (1998:xii), Kirchheimer, (1984), Hilton, (1999), Bertrand, (2002).

27 Para analizar los relatos de viajeros europeos como fuente para la historia de América Latina ver Mörner (1981).

28 El término es de Jordana Dym, para referirse a los viajeros en Centroamérica en la primera mitad del siglo XIX. Dym, (2000:142). Según Spurr (1993:91), desde el punto de vista histórico, el “discurso colonial” se refiere al idioma empleado por los representantes de los grandes poderes coloniales al establecer su autoridad sobre vastas regiones de África, Asia, el Pacífico Sur y América Latina, durante el período de expansión que alcanzó la cima de popularidad a finales del siglo XIX.

lo que debía esperar de los habitantes, costumbres locales y qué recordar de los eventos históricos y artefactos de los países que visitaban, entre otros (Boyer, 1996:237). Por su mentalidad y valores eurocéntricos, juzgaron aquello que era diferente como atrasado, decadente, irracional y congelado en el tiempo, con un desarrollo incompleto e inadecuado (Boyer, 1996:249).²⁹ Además, el viaje fue un triunfo en sí mismo por las largas jornadas a caballo, a través de malos caminos, vegetación tropical, climas difíciles, en el que debían combatir penurias y pasar incomodidades, muchas de ellas originadas según los viajeros, por la “pereza o ineficiencia” de sus guías. Según Pratt (1992:148), para el caso de Sudamérica, la sociedad americana de herencia española fue codificada en la literatura de viajes como un obstáculo logístico para el avance eficiente de los europeos en sus interminables y duras jornadas de viaje. Como sugiere Magnus Mörner (1981:11), esta actitud además se originaba en que los viajeros europeos, provenían en su mayoría de una clase media o alta, acostumbrados al confort de su hogar, por lo que era imperativo resaltar en sus descripciones la valentía, incomodidades y penurias por los que tenían que pasar para producir su relato.

La imagen de naturaleza primigenia elaborada por Alexander von Humboldt, como sugiere Pratt (1992:126), creó una reinención de América en el siglo XIX. En esta nueva concepción, Sudamérica fue presentada por Humboldt como naturaleza virgen, un espacio y un tiempo no reclamado que era ocupado por plantas y criaturas (algunas de las cuales eran humanas) y cuya historia estaba apenas por comenzar. Pratt argumenta que las expediciones y relatos científicos de Humboldt tuvieron una gran influencia en la creación de un imaginario europeo en el siglo XIX, una nueva ideología del “nuevo” continente. La oleada de viajeros en el período post independentista, que Pratt denomina como la vanguardia capitalista, tuvo motivaciones ideológicas diferentes a las de Humboldt. Ideológicamente, esta vanguardia volvió a “reinventar” América como atrasada y su tierra y sus sociedades necesitadas de la explotación racional que Europa podía aportar (Pratt, 1992:152). Una especie de deber moral inevitable, basado en su “superioridad” y misión civilizadora.

En Centroamérica, las motivaciones de los viajeros en el siglo XIX estuvieron orientadas por algunas de esas mismas razones que describió Pratt para la vanguardia capitalista en Sudamérica; una región con vastas zonas desocupadas y lista para ser explotada, por ende, óptima para la inversión comercial y la colonización. Pero, entre 1830 y 1870, también estuvieron motivadas por razones geoestratégicas debido a la búsqueda de una ruta interoceánica por parte de las potencias europeas y norteamericana, para extender su control e influencia política. Por ello, se hacía necesario conocer con más detalle las futuras zonas para la inversión y los proyectos de colonización agrícola. Un buen ejemplo de esta ideología y misión civilizadora lo expresó el diplomático francés Gabriel Lafond de Lurcy (1850:13-14) al referirse a Centroamérica:

si a todas las ventajas que ya hemos enumerado, agregamos que toda la población de América Central es muy simpática con los europeos, que ellos adoptan fácilmente nuestros gustos, nuestras ideas y nuestras costumbres; que ellos tienen necesidad de nuestros productos,

29 Boyer, *óp. cit.*, p. 249.

y que su comercio, hasta el día de hoy es insuficiente a sus necesidades intelectuales y materiales, se comprende que el futuro está reservado a concesiones colmadas de muchos elementos de prosperidad y la gran influencia que ellos deberán tener sobre los destinos comerciales de Europa.³⁰

Para Lafond –cónsul general de Costa Rica en Francia y que además obtuvo en concesión algunas tierras para proyectos de colonización–, América Central era una región ideal para la inversión.³¹ Según el francés, estas simpáticas poblaciones cuasi esponjas que absorbían la cultura europea fácilmente, carecían del conocimiento intelectual y material que los europeos (¿franceses?) sí tenían y, más aún, debían aportar a la región para su verdadero desarrollo. En este argumento se reconoce el lenguaje de la misión civilizadora el mismo que habla Pratt, en la manera cómo Lafond se refiere a los “nativos centroamericanos”; poblaciones que según el francés no tenían la habilidad o el conocimiento necesarios para explotar sus recursos y economías de manera óptima (Pratt, 1992:152). La misión del francés era entonces llenar el vacío de conocimiento y de capital, para llevar el progreso a estas tierras. Era el “deber moral” de estos extranjeros, que estaba en relación directa con los planes e intereses que ellos tenían reservados para Centroamérica, tanto en lo económico como en lo cultural. Y, como si fuera poco, según Lafond, además de “consumir” las costumbres europeas fácilmente y, de paso, mejorar la educación y valores, los centroamericanos “necesitaban” el consumo de los productos manufacturados europeos, de esta forma la fiesta, era completa.

La mayoría de los viajeros señalaban la ausencia de conocimiento sobre Centroamérica en sus países de origen, como la motivación central que los había llevado a emprender el viaje y a escribir sobre sus experiencias para el público europeo o estadounidense, a quienes iban dirigidos sus relatos. Como lo analizó Jordana Dym (2000:157) para el caso de los viajeros ingleses en Centroamérica, cada viajero se sentía como el primero en explorar tierras centroamericanas y en “redescubrir” y describir los potenciales “escondidos” de esas tierras lejanas. Así lo expresó el alemán Moritz Wagner cuando inició su descripción de San José: “la Capital de la República de Costa Rica no ha sido todavía descrita por ningún autor de libros de viajes. Con excepción de algunas cortas noticias de Felipe Molina en su ‘Bosquejo de Costa Rica’ y algunas ligeras anotaciones en el diario del señor Lammich [...] apenas encontré en los diferentes libros de viajes que tratan de Centro América, algo más sobre San José que la mención de su nombre” (Wagner y Zcherzer, 1974:169). Cómo el mismo Wagner lo mencionó, si había encontrado algunas referencias sobre Costa Rica y San José, aunque escasas y él mismo conocía las fuentes; pero lo esencial era presentarse como el productor de conocimiento primigenio, cuya información

30 Todas las traducciones en francés e inglés son mías, de aquellos relatos de viajeros no traducidos al español.

31 A Gabriel Lafond de Lurcy y sus asociados, le fueron concedidos por decreto ejecutivo el 16 de octubre de 1849, doce leguas de tierras laborales en el Golfo Dulce en Costa Rica. Para el contexto de inversión e intereses económicos franceses en Centroamérica en este período, ver Schoonover, (2000: 23-54).

era exclusiva; aunque, como lo apunta Dym y lo reiteró Wagner, muchas veces la información y datos reproducidos en sus relatos, eran “reciclados”.³²

En total analizamos cuarenta relatos de viajeros entre 1825 y 1930 (cuadro N.º 2). En este capítulo nos referimos solamente a diecinueve relatos de viaje sobre Costa Rica, que describieron la capital en el período en cuestión –1825 a 1889–.³³ El resto de los viajeros los analizamos en el capítulo cuatro –1890 a 1930–, momento a partir del cual se inició la transformación urbana en San José, para comparar las diferencias tanto urbanas como en el estilo de las descripciones, la retórica, los intereses y motivaciones y la imagen que construyeron de San José.

Cuadro N.º 2
Nacionalidad de viajeros con descripciones de San José, 1825-1930

	1825-1889	1890-1926	TOTAL
Europa	15	11	26
Estados Unidos	3	8	11
América Latina	1	1	2
Otros países	0	1	1
Total	19	21	40

Fuente: Viajeros recopilados, ver anexo.

Con respecto a los diecinueve viajeros del primer período, la mayoría fueron europeos de Alemania (3), Francia (3), Inglaterra (3), Austria, Dinamarca, Escocia, Irlanda, Suecia y Suiza (1 de cada nacionalidad); unos pocos estadounidenses y un chileno. Como fue lo usual en esta época, la totalidad de los autores de los relatos fueron hombres, que tuvieron durante el siglo XIX mayores posibilidades de viajar y publicar sus relatos. En el caso de las mujeres, en el siglo XIX, como menciona Hahner, fueron una minoría las que dejaron testimonio de sus relatos de viaje, pero se incrementaron a lo largo del siglo, cuando las condiciones de viaje se hicieron más seguras. Especialmente para mujeres de la elite, quienes, por sus recursos, podían realizar la travesía.³⁴ Desafortunadamente, no conocemos

32 Dym menciona el caso específico del *Compendio de la historia de la Ciudad de Guatemala* realizado por el presbítero e historiador Domingo Juarros y publicado en Londres en 1823 (en inglés). El libro de Juarros fue utilizado por muchos viajeros como la fuente de información básica para sus descripciones, especialmente del período colonial. Dym, (2000:153). Wagner y Scherzer, (1974:11). En Costa Rica, la obra que menciona Wagner fue la de Felipe Molina, *Bosquejo Histórico de la República de Costa Rica*. Este fue el primer texto oficial del país difundido en Europa y Estados Unidos, que algunos viajeros utilizaron y volvieron a reproducir en sus relatos de viaje. El texto fue publicado en inglés, alemán y español. (Quesada C., 2003:106-107).

33 Aunque el análisis es hasta la década de 1870 incluimos a los viajeros hasta 1880, para poder comparar sus descripciones a lo largo de casi todo el siglo XIX.

34 Por supuesto que hubo excepciones como el caso del extraordinario relato de Flora Tristán en Perú. Según Hahner, en América Latina, en el siglo XIX, la mayoría de los relatos fueron hechos por hombres, en una proporción estimada de 10 a 1 con respecto a las mujeres (1998:xii).

ningún relato de mujeres sobre Costa Rica en el siglo XIX –que sí existen para el siglo XX y los analizamos posteriormente–, como si los hay para Guatemala y Honduras.³⁵

De los diecinueve relatos recopilados en un lapso de sesenta y cuatro años, un poco menos de la mitad (7) fueron producidos en la década de 1850. Este incremento e interés por el país se explica por dos destacados eventos en la historia de Costa Rica: su declaración como República (1848) que permitió entablar relaciones diplomáticas con otros países y la guerra contra William Walker y los filibusteros (1856-57), que generó una gran atención en la región centroamericana. Por lo general, los viajeros pasaban apenas unos días en San José, pero algunos estuvieron temporadas más prolongadas y legaron descripciones más detalladas de la ciudad y de la vida cotidiana.

Al describir las ciudades, la comparación tenía como punto de partida las ciudades europeas o norteamericanas –de donde muchos de ellos provenían–, y a las que hacen referencia para reforzar el “atraso” de las ciudades de la región. Según la visión de los viajeros, el pasado colonial era considerado como el origen de ese atraso y de sus problemas, que en las ciudades se reflejaba en la “monotonía” ajedrezada de la cuadrícula colonial. No obstante, el futuro se presentó como prometedor, por sus muchos intereses en cuanto a inversión y a expansión económica en la región. En síntesis, los relatos de viajes evidencian la visión del *Otro*; cada uno en relación con sus objetivos, temáticas, intereses, estilo literario, educación, clase social, nacionalidad, edad y género; y de acuerdo con sus habilidades literarias y tiempo de estadía en la ciudad, produjeron relatos con características que los diferenciaron.

El verdor centralino inmerso en cafetales

Las principales ciudades en Centroamérica fueron caracterizadas en la literatura de viajes en los primeros cincuenta años de vida independiente, como detenidas en el tiempo, lúgubres, con pocos espacios públicos, un escaso crecimiento, una pobre arquitectura colonial (que varió según el país), lo cual hacía dudar a algunos del porqué las llamaban ciudades.³⁶ Las referencias iniciales; al aproximarse a San José, generalmente se centraron en describir las riquezas naturales y geográficas, el verdor de la vegetación y, a partir de 1830, de los cafetales que dominaron el paisaje del Valle Central. El inglés John Hale (1982:25) quien hizo el primer relato de viajes del período independiente en Costa Rica, mencionó que:

Villanueva o San José, la capital de la provincia, está en un extenso valle, o planicie, y su situación es una de las más hermosas del mundo. En todas las direcciones los suburbios de esta ciudad son encantadores y muy particularmente la Sabana (o pastos comunes, donada a los vecinos por don Manuel Chapuí, un clérigo fallecido).

35 De acuerdo con Jordana Dym (2000:144), la primera mujer que publicó sus relatos en Centroamérica fue la norteamericana Helen Sanborne (1886). Para otros casos en el siglo XIX ver Salvin (2000) y Lester (1884).

36 Para un análisis de dos ciudades centroamericanas a través de los viajeros ver Quesada A.F. (2000).

Cabe resaltar que en el período que Hale estuvo en Costa Rica, la producción cafetalera a gran escala no se había iniciado y, por ello, no menciona los cafetales en su descripción, lo que sí fue la tónica en el resto de los visitantes a partir de 1830. Hale firmó con el primer jefe de estado de Costa Rica, un contrato de colonización en 1825. Un año después publicó en Nueva York sus relatos de viaje para dar a conocer las riquezas naturales del país que esperaban ser “explotadas por el capital y mano de obra extranjera”, por lo que da una visión muy positiva del país. El objetivo de Hale era fundar una colonia con familias europeas y norteamericanas en la región de Sarapiquí, pero el proyecto nunca se concretó (Hale, 1982:11).

El naturalista danés Anders Oersted (1997:26), se refirió al cambio en el paisaje que marcó al Valle Central en 1846:

Toda esta meseta no es, por decirlo así, sino un inmenso jardín cubierto de plantaciones de café, interrumpido aquí y allá, por campos de maíz o de caña de azúcar, de bosques de naranjos o plátanos, y que en mayo y abril, cuando los cafetos están cargados de flores blancas, y embalsaman el aire con su perfume, dan al país una fisonomía completamente particular.

Las grandes plantaciones cafetaleras que inspiraron la descripción bucólica y romántica del danés, imperaron en las descripciones del Valle Central que hacían los viajeros durante la mayor parte del siglo XIX. Si se comparara con la primera impresión que tuvieron otros viajeros sobre la Ciudad de Guatemala, que describen la extensión de la ciudad y las torres de las múltiples cúpulas de las iglesias y conventos, se entiende aún más el tamaño de la pequeña villa, convertida en capital. Los cafetales que rodeaban a San José fueron el sello de la “ciudad”, fue el campo lo que llamó la atención del paisaje al llegar a la capital y no su incipiente casco urbano, característica que se mantuvo a lo largo del siglo XIX. Uno de los aspectos en que coincidieron los viajeros, fue en resaltar las condiciones envidiables del clima en el Valle Central, una “eterna primavera.” Decía Moritz Wagner (1974:192).

Se abusa mucho de la dicción ‘eterna primavera’, que se aplica a países donde no existe; aquí, en cambio, ella reina efectivamente. Las condiciones de la temperatura son en la meseta de Costa Rica aun más favorables y uniformes que en la Isla de Madeira, tan famosa por la benignidad constante de su aire.

Wagner, quien había recorrido infinidad de países en sus viajes, hablaba de los climas de Georgia, Asia Menor, Armenia, Chipre, el sur de Francia, Ciudad de México y Lima, entre muchos otros, y decía que no podían compararse “en dulzura con el clima de San José y de toda la meseta de Costa Rica”. En cuanto a las características geográficas, los viajeros se refirieron a la centralidad y a la concentración de la mayoría de la población del país en las cuatro ciudades principales del Valle Central. Como menciona Laferrière (1877:47) hacia la década de 1860: “San José es como el centro de la parte animada de la República. La ciudad que se encuentra aproximadamente a 4 500 pies (1.200 m) sobre el nivel del mar, está construida sobre un valle, en donde destacan Heredia y Alajuela; y donde se puede apreciar una parte de la provincia de Cartago.” Igual opinión expresó Gabriel Lafond (1865:474-475),

en un informe sobre las poblaciones de los países centroamericanos que realizó en 1865. Con respecto a la población de Costa Rica decía que casi toda se concentraba en el valle del interior y los alrededores se componían de plantaciones de café. Agregaba Lafond que esta aglomeración de la población y la cercanía entre las ciudades, es lo que daba un carácter de gran familia a Costa Rica, administrada paternalmente por el presidente, lo cual era una característica distintiva del Valle Central. La misma situación mencionó el chileno Francisco Solano Astaburuaga, encargado de negocios de Chile para Centroamérica. Solano también se refirió a la concentración de la población en las cuatro ciudades principales del Valle Central, razón por la cual están todos siempre en contacto: “ya por relaciones de comercio como de familia [...]” (Solano A., 1982:324).

Los miembros de la elite costarricense de mediados del siglo diecinueve, en su mayoría descendientes de la elite colonial, consolidaron su poder político y económico luego de la expansión de las exportaciones de café y se asentaron especialmente en las ciudades principales del Valle Central. El carácter de “gran familia” al que se refieren los viajeros, fue esencial para entender no solo la concentración de la población en este reducido espacio geográfico y las relaciones cercanas entre las elites, sino también a la cultura política del siglo XIX. Según Fallas, las estrechas relaciones de parentesco y la cercanía geográfica fueron un factor de peso para que las clases dominantes mitigaran los antagonismos y escándalos políticos y, a la vez, facilitaran la reconciliación después de derrocar un gobierno; lo cual explica la relativa estabilidad política de Costa Rica en la segunda mitad del siglo diecinueve (Fallas, 1993).

En el aspecto urbano, San José desilusionó a la mayoría de los viajeros que la visitaron en el siglo XIX y la consideraron insignificante y sin pretensiones. Estos tenían expectativas de encontrarse con una gran capital y, por ello, hacían comentarios despectivos cuando la apariencia de San José, decepcionaba sus ideas preconcebidas. La llegada de Wilhem Marr en 1853 a San José, expresa muy bien esta situación:

Pasamos tres riachuelos que tienen puentes de piedra: El Bermúdez, el María Aguilar y el Torres. Haciendas y quintas situadas de modo encantador, con frondosos naranjos y cubiertas de frutas, verdes y suculentas praderas... las casas se fueron apiñando y se hizo sentir una horrible cosa que en el país llaman pavimento de calles. A mano izquierda estaba un viejísimo cajón que al mirarlo con más detenimiento resultó ser algo así como una iglesia (1982:161).

El aspecto de gran pueblo le impidió a Marr darse cuenta de su llegada a la capital costarricense, cuyo único edificio que resaltaba –en su opinión– era un gran “cajón” que tenía ante sus ojos; la Parroquia de San José. Hasta después de transcurridos diez minutos, y solamente cuando fue advertido por su amigo, Marr se dio cuenta de que estaba en el centro. Igual opinión tuvo Moritz Wagner que enseñalaba cómo la falta de torres o de construcciones elevadas en la capital de Costa Rica, debido a los continuos terremotos, le daba un aspecto muy sencillo. Esta característica marcaba la diferencia, según el alemán, con respecto a las ciudades en Norte América, cuyas iglesias y torres daban cuenta de su larga historia:

Quien contempla a San José desde lejos, donde solo lucen unas casas a través del verde biombo de las haciendas, considera a esta Capital, todavía más insignificante y pequeña de lo que es en realidad. San José ya tiene más de setenta años y no hay aún en la ciudad ninguna torre que sobresalga de las verdes y gigantescas hojas del bananero (1974:174-175).

Wagner comparó a San José con Milwaukee, que a pesar de también tener un origen reciente, tenía cúpulas bizantinas y torres góticas que le daban un aspecto elegante a la ciudad y anunciaban su riqueza desde la distancia. Agregaba además, que la diferencia entre Estados Unidos y Costa Rica, se explicaba por el carácter y valores de sus habitantes. En el caso de Milwaukee, la ciudad representaba “lo que pueden la riqueza, la actividad y la devoción de un pueblo joven. Para Wagner, por el contrario, San José era una “ciudad sin pretensiones” porque no tenían símbolos arquitectónicos que la distinguieran y, más aún, porque la idiosincrasia de sus habitantes no le permitía tener un verdadero “desarrollo”, a la manera de los Estados Unidos.

La retórica de la desigualdad que plantea Pratt, se reconoce en el relato de Wagner, que presenta a la capital como una ciudad atrasada.³⁷ Atrasada porque no estaba organizada bajo los principios que regían el capitalismo, identificados con los nuevos valores del progreso. Para el alemán era incomprensible el hecho de que Costa Rica “casi famosa” por su producción cafetalera (y parte de esa esfera de producción capitalista), no tenía una capital que hiciera honor a la fama del país y que estuviera a la altura de su concepto de ciudad occidental moderna (1974:174-175). Anthony Trollope también comparó a San José con un pequeño pueblo inglés, y se refirió a los puntos focales en la ciudad: “Pero el ingreso a San José apenas despierta mayor interés que la pequeña villa de Wiltshire [...] hay una plaza en que están la catedral, el cuartel y algunas de las mejores casas de la ciudad, un sitio para mercado dispuesto de manera aceptable, un edificio hermoso para oficinas públicas y dos hoteles regulares” (Trollope, 1982:468). Para el francés Félix Belly (1867:377), San José tampoco estuvo acorde con su concepto de ciudad moderna, como lo expresó en 1863: “San José está construida en el centro mismo del valle [...]. Por todo lado se respira la prosperidad, la libertad, y las buenas costumbres; pero la ciudad ella misma, no es la excepción a la regla de las ciudades coloniales. La primera impresión que ella produce no inspira otra cosa que el deseo de irse.” Belly agregaba que lo encantador de los alrededores de San José era lo único que permitía olvidar la “sequedad triste de la ciudad”, ya que todas las calles conducían al campo.

En las descripciones analizadas siempre hay un contraste entre lo rural y lo urbano. Lo primero era lo que predominaba y encarnaba la belleza, la magnificencia, la prosperidad, la riqueza, el futuro. La idea de una tierra con condiciones aptas para el desarrollo y la inversión capitalista. En contraste, la ciudad se caracterizó de manera negativa, seca, uniforme, con la marca indeleble y monótona del pasado colonial. Nuevamente se reitera que la riqueza está en el campo, es lo único rescatable o ¿explotable? del paisaje. Sin lugar

37 La retórica de la desigualdad impone el poder sobre cualquier persona o lugar cuyo estilo de vida ha sido organizado por principios diferentes de la maximización, los mecanismos racionales de la producción industrial, y las manipulaciones del capitalismo de mercado (Pratt, 1992:153).

a dudas, ese aspecto fue el más ensalzado; porque estaba en relación directa con los intereses de los viajeros y con la imagen de prosperidad que querían difundir para promover la inversión capitalista.

El estadounidense William Eleroy Curtis, en 1887, expresó la misma opinión que tuvieron los europeos de San José: “extraña y peculiar para el viajero norteamericano porque no se parece a nada de lo que este ha visto en casa [...] uno puede observar sobre los techos de la ciudad desde la torre de la catedral y no ver ni una sola chimenea. No hay ningún gusto arquitectónico y la uniformidad está presente en sus calles. Es solo en el campo, donde paisajes pintorescos pueden encontrarse, y son usualmente la naturaleza y no el hombre, los que los han hecho” (1887:670 y 672). La taxonomía visual empleada para analizar lo que era considerado como importante para los valores del norteamericano, le permitía concluir que era extraña porque era diferente. La ausencia de chimeneas era una de esas faltas inexplicables (¿acaso eran necesarias las chimeneas en un clima tropical? que la definían como atrasada), sin gusto arquitectónico y además monótona.

En el grabado de Eugene Guillon para el libro de Joseph Laferrrière *De Paris a Guatemala. Notes de voyages au Centre-Amérique*, diez años después de la visita de Belly se recrea esa ruralidad-urbana (figura N.º 3). Para representar a San José, el autor escogió un suburbio de la ciudad, una calle empedrada que se pierde en el horizonte (¿Cuesta de Moras?), que conduce al campo, y que se inicia en el mismo límite del cuadrante urbano.



Figura N.º 3. Suburbio de la ciudad de San José.

Fuente: Laferrrière, Joseph, p. 86.

David Spurr (1993:17) sugiere que la retórica basada en un análisis visual completo del paisaje, es una de las características de la poesía, la ficción y la narrativa de los exploradores y viajeros en el siglo XIX. Los viajeros, con una actitud de superioridad, se situaban literalmente en una posición de altura para evaluar el paisaje, una narración que combinaba la descripción de la organización espacial con una valoración generalmente peyorativa del paisaje y de la estética urbana, tal como lo hicieron Wagner, Marr, Trollope, Belly y Curtis en sus descripciones de San José. Los viajeros exaltaron la belleza del campo y la naturaleza que contrastaba con la insignificante apariencia de la ciudad. Pero, sobre todo, subrayaron la incapacidad de los habitantes de transformar la capital, –cuyo pasado colonial seguía vigente y era el origen de su atraso– y de construir una nueva ciudad que estuviera acorde con los valores urbanos modernos y que reflejara el éxito cafetalero.

Tanto en su apariencia como en la comparación con otras ciudades europeas, norteamericanas y centroamericanas, San José era además diminuta. Para algunos viajeros la comparación fue frecuente, especialmente con Guatemala –la capital de mayor tamaño e importancia en Centroamérica–. Como el caso de Helmuth Polakowski, quien residió en ambas ciudades en la década de 1870: “Ya durante este corto trayecto había visto que Guatemala no se podía comparar con la pequeña San José, la capital de Costa Rica, a la cual es superior en todo sentido.”³⁸

En la retórica visual y la valoración del paisaje hecha por los viajeros, también quedó patente una de las características primordiales del desarrollo urbano de San José y del Valle Central en el siglo XIX. Como lo analizó Gudmundson (183), el café más que a una urbanización en el siglo XIX, llevó a una especie de ruralización en medio de la especialización agro-exportadora. El movimiento migratorio más importante durante la segunda mitad del siglo XIX, fue sobre todo hacia el oeste, fuera de las ciudades principales del Valle Central, gracias a la existencia de una frontera agrícola abierta. Y aunque las ciudades crecieron en tamaño absoluto, atrajeron emigrantes y se transformaron económicamente; no fue dentro de un proceso de crecimiento urbano de grandes proporciones. San José, como capital, ejerció su primacía pero no se convirtió en una ciudad cuantitativamente primaria, lo que explica esa imagen de ruralidad descrita por los viajeros (Gudmundson, 182 y 185).

La cuadrícula urbana

Si la ruralidad prevaleció en el entorno urbano josefino en el siglo XIX, ¿cómo fue el interior de la ciudad y la organización del espacio urbano? En 1851, Nicolás Gallegos realizó el primer plano de la ciudad de San José. La perfecta cuadrícula del plano, que no refleja la verdadera estructura irregular de la ciudad, fue realizada como resultado de la reorganización y administración de las ciudades promovidas por Juan Rafael Mora. Con el objetivo de fijar un impuesto para el servicio de alumbrado, se le encomendó a Gallegos medir todas las calles

38 Helmuth Polakowski llegó a Costa Rica en 1875, contratado como profesor en el Instituto Nacional, pero un año después le ofrecieron una cátedra en la Universidad de Guatemala por lo que se trasladó a vivir a esa ciudad (Polakowski, 2001:187 y 195).

en un radio de quinientas varas de la plaza principal, por lo que probablemente el cuadrante urbano fue mayor de lo representado por Gallegos.³⁹ Como lo afirmó Felipe Molina en su *Bosquejo de la República de Costa Rica*, publicado en el mismo año de la elaboración del plano: “Puede decirse que la ciudad comienza a formarse, pues no pasarán de diez cuadras de la plaza mayor...”⁴⁰ En cierta forma, como decía Felipe Molina, San José hasta entonces comenzaba a estructurarse y, a pesar de la irregularidad que tenían las manzanas, el modelo en damero se mantuvo tanto en su estructura como en la jerarquización del espacio urbano en el siglo XIX. Gallegos incluyó los nombres de los propietarios de cada lote por manzana en la ciudad; los miembros más ricos de la elite política-cafetalera se asentaban en los alrededores de la plaza y ligeramente hacia el norte, donde se concentraban las propiedades de mayor extensión.⁴¹ Según Carolyn Hall (1991:75), alrededor de noventa cafetaleros poseían grandes casas en San José y un 13 por ciento de los lotes urbanos estaban en manos de esta elite, situados en su mayoría en los alrededores de la plaza central de San José (figura N.º 4). Por ende, tanto en su estructura como en la apropiación del espacio, hacia 1850 prevaleció la continuidad colonial en la organización del espacio. Cuanto más lejos de este círculo de poder, más fragmentados fueron los lotes y menos poder económico tenían sus moradores. El alemán Wilhem Marr, de visita en San José en 1853, advirtió estas diferencias al señalar: “Por regla general, cuanto más cerca están situadas de la plaza, tanto mejores son las casas” (1982:164).

La primera división que se hizo de la capital en 1841, promulgada en la Ley de bases y garantías, conservó el criterio neoclásico e ilustrado de racionalizar y ordenar la ciudad para su control en barrios, y estos en cuarteles.⁴² El centro de la ciudad estaba compuesto por dos barrios, Carmen y Merced, con cinco cuarteles cada uno y con una población total de 5 068 personas que representaba un 24,3 por ciento de la población total de la provincia de San José y un 8,2 por ciento del porcentaje del Valle Central.⁴³ El barrio del Carmen estaba compuesto por los cuarteles de Chorro, Parroquia, Plaza Mayor, Puebla y Panteón; y Merced por Laguna, Cabildo, Ballestero, Factoría y Paso de la Vaca. Para 1843, San José ya aventajaba a Cartago, la antigua capital colonial y segunda ciudad en importancia en el país, con más del doble de la población en el casco central (2 434 personas y un 3,9 por ciento del Valle Central). Los suburbios de San José que no incluimos en nuestro análisis estaban compuestos por los barrios de Desamparados, Murciélago (San Juan de Tibás), Guadalupe, Mata Redonda, La Uruca, Hatillo, Zapote, Mojón, Cedros, San Ramón y Moravia, con una población de 10 636 habitantes que junto con el centro representaron un 75,4 por ciento de la población de la provincia y un 25,4 por ciento de la población del Valle Central (Gudmundson, 1990:239).

39 *Gaceta de Costa Rica*, 5-4-1851, citado en Páginas Ilustradas, Año 1, N.º 3, 17-1-1904, pp. 6-9 y ANCR, Congreso, 5248, 5-5-1851.

40 Según el plano de Gallegos, no fueron más de cinco cuadras desde la plaza mayor. (Molina F., 1851:51).

41 Para identificar a los miembros más ricos de la elite cafetalera hacia mediados del siglo XIX utilizamos: Gudmundson (1990:235) y Fallas (1988).

42 Las reformas borbónicas introducidas a finales del siglo XVIII en Hispanoamérica, establecieron la división de las ciudades en barrios y cuarteles, organizando y dividiendo en áreas regulares al conjunto de la ciudad, con un carácter claramente administrativo (Solano, F., 1989:158 y 243).

43 Gudmundson, (1990:239), apéndice 3. Los datos de Gudmundson se basaron directamente de los censos de 1843-44 del Archivo Nacional de Costa Rica (Rivas 1908:4-6).

La Plaza Central: corazón urbano

Una de las características coloniales que pervivieron en San José hasta 1880, fue que el “corazón” de la vida urbana siguió palpitando alrededor de la Plaza Central y su mercado.⁴⁴ La plaza colonial, como describe Ramón Gutiérrez “era un ámbito de rudo pavimento o tierra, y dentro de ella, una arquitectura de bambalinas definía ‘sitios’ y funciones. Mantas, esteras o toldos plegadizos, señalaban con vigor la presencia del mercado” (1983:93). Las descripciones de los viajeros resaltan esas características que se reprodujeron en el mercado realizado los sábados en la plaza central de San José, hasta aproximadamente la década de 1870.

A diferencia del mercado cotidiano de la Ciudad de Guatemala, en San José el mercado se llevaba a cabo solo los sábados. Aunque la mayoría de los viajeros hacen mención del mercado, las mejores y más detalladas descripciones para las décadas de 1850, 1860 y 1870, fueron de cuatro viajeros europeos: Wilhelm Marr, Moritz Wagner, Joseph Laferrière y Helmut Polakowski. El mercado del sábado sacaba del letargo cotidiano a la ciudad y la plaza se transformaba en una algarabía con la venta y compra de todo tipo de productos provenientes de diferentes partes del país y más allá de sus fronteras. Como afirmaba Wilhelm Marr en 1853: “Por tranquilas y desiertas que sean en general las calles, todos los sábados en la mañana se transforma el cuadro de modo maravilloso [...] la altiplanicie entera se da cita en la plaza y las amas de casa se proveen de legumbres para toda la semana” (1982:178). Según Marr, había un fuerte espíritu mercantil que incluía a todos los sectores sociales, este día se vendía y se compraba de todo, incluso hasta las gradas de la Catedral se cubrían de mercadería (179).

La entrada principal al mercado era por el noreste, frente al cuartel principal. Las cuadras aledañas a la plaza también formaban parte de las actividades comerciales. Según Polakowski; los vendedores –muchos de los cuales eran estudiantes–, ofrecían artículos manufacturados y de fantasía fuera de las rejas de la plaza, en la calle frente a la Catedral (2001:249). Anotaba Frederick Boyle en 1866: “que los principales tenderos, que son, por supuesto, los hombres prominentes del país, levantan puestos alrededor de la plaza, y al amanecer del sábado se ve ahí toda clase de lujos vistosos”(143). Joseph Laferrière de visita en el mercado en 1873, describió que: “ese día, en efecto, de todas los puntos de la República, vienen los indígenas, hombres, mujeres y niños que se encargan de aprovisionar la capital para toda la semana. Se les ve trayendo, algunas frutas, tinajas de barro, textiles del país, hamacas, huevos, mantequilla, carbón y queso, otros sombreros, verduras, azúcar, cacao, frijoles o pescado, carne y pieles, rebozos, arroz, esteras y mermeladas [...]”(42).

El activo comercio y la diversidad de productos dan cuenta de una economía en crecimiento y expansión en el Valle Central, de donde provenían los comerciantes y los productos. La detallada descripción de Polakowski en 1875, ofrece una clara idea de la especialización comercial del mercado en San José, abastecida tanto de verduras y frutas, como de diversos productos manufacturados que venían muchos de ellos de otros países centroamericanos. Por

44 Para una caracterización de la plaza colonial en Hispanoamérica ver Rojas-Mix (2002), en Cartago, Fernández E., (1996), en Lima, Ramón, Gabriel, Aguirre *et al.*, (2002: 265-288).

ejemplo, Laferrière mencionaba que los rebozos se traían de El Salvador; la mayoría eran de algodón y los de mayor precio de seda. Los vendedores del mercado eran generalmente mujeres, que tenían un puesto fijo que les era asignado por adelantado. Marr decía que las campesinas jóvenes que se sentaban de cuclillas en el suelo, eran las principales vendedoras. Y Laferrière resaltaba que eran en su mayoría indígenas. Según el francés, en las ciudades del Valle Central, a diferencia del resto de los países centroamericanos, los indígenas no se veían en las calles, para hacerlo había que ir hasta Tucurique [sic].⁴⁵ Pero los sábados, con ocasión del mercado, venían a la capital a vender sus productos, aunque no menciona de qué zonas del país provenían. Las mujeres indígenas, según Laferrière, tenían una indumentaria muy elaborada, portaban aretes, collares, un sombrero de Panamá por el que habían pagado hasta “16 piastras” y amplias enaguas bordadas que se arrastraban por el suelo.⁴⁶ Los vestidos eran de muselina, de organdí y de otros géneros y “los cabellos son separados en dos trenzas y otras se amarraban sobre la cabeza un rebozo” que, según Laferrière, era también otro indicador de la coquetería femenina y de estatus; descalzas y sentadas en el suelo, eran estas mujeres las principales protagonistas de las ventas del mercado de San José hacia mediados del siglo XIX (Laferrière, 1877:43). Aunque la fotografía publicada en las *Páginas Ilustradas* a inicios del siglo XX no corresponde al período descrito por el francés, el parecido en el atuendo y origen étnico es remarcable con respecto a las campesinas y los campesinos en un día de mercado, descritas por Laferrière medio siglo atrás (figura N.º 5).



Figura N.º 5. Campesinos en un día de mercado, 1904.

Fuente: Páginas Ilustradas, Año 1, N.º 6, 7-2-1904, sin autor.

45 El francés se refiere al pueblo indígena de Tucurrique, fundado en la época colonial (Laferrière 1877:44).

46 La piastra era el nombre dado en Francia y otros países al real de a ocho español, o sea equivale a un peso de 8 reales de plata. El cual fue la unidad plata del sistema argénteo español desde Carlos I hasta el siglo XIX. http://www.mundimoneda.com/glosario_numismatico_p.htm

Los hombres indígenas eran menos numerosos en la plaza. Estos llegaban a la ciudad en sus mulas y vestidos con una chaqueta de tela gruesa fabricada en Guatemala, llamada jerga, de dril o algodón común, con sombrero, descalzos pero con sus bolsillos llenos de pesos, como señaló Laferrrière, “van a los comercios de venta al por mayor, hacen sus compras, realizan las habilitaciones, venden algunos productos o se refugian en las pulperías a brindar (beber) juntos” (44). Otro aspecto que mencionó el francés, que evidencia el espíritu mercantil que imperaba en la ciudad, fue que hasta la misa se realizaba en el propio mercado, para interrumpir solo por algunos minutos la actividad comercial. A determinada hora sonaban las campanas de la Catedral, el padre salía de la iglesia y “cada uno suspendía su venta o su compra, en su paseo de placer o de negocios y se ponían de rodillas, era la hora de la comunión y el padre realizaba la misa en el mercado.” El mercado terminaba hacia las tres o cuatro de la tarde, cuando los comerciantes recogían la mercancía sobrante y la trasladaban en las carretas a sus lugares de origen.

En 1868 se comenzó a transformar este espacio público de la ciudad. Polakowski hace mención de la nueva infraestructura que marcó el inicio de esa transformación: “la parte central de la plaza, una cuadra de 100 varas de largo, que por lo tanto representa una *manzana*, esta cercada por una verja de hierro fundido de ocho pies de alto [...]. Cuatro torres que se encuentra en las esquinas conducen al patio interior en cuyo centro se halla la *pila*” (2001:254). La pila que menciona Polakowski fue una fuente de hierro importada de Inglaterra que, junto con la reja que bordeaba la plaza, fue instalada en 1868, para inaugurar oficialmente el establecimiento de la cañería y el agua potable en algunas zonas de la ciudad.⁴⁷ La inauguración de estos servicios urbanos modernos marcó el inicio de la transformación de este espacio público en San José. El cambio físico comenzó a dar a la antigua plaza colonial abierta una nueva función y valor, ya que primero encerró y demarcó este espacio público y, paulatinamente, se dieron nuevas reglas para su uso, siguiendo un nuevo concepto urbano.

Polakowski es el único viajero que evoca la existencia de otras plazas para mercado, además de la Plaza Central, que se celebraban igualmente los sábados: la plaza de la Fábrica Nacional de Licores y la Plaza Nueva. En la plaza de la Fábrica se llevaba a cabo el mercado de ganado, sobre todo de vacas y bueyes, pero también se ofrecían algunos cerdos, caballos y mulas; el mercado de ganado luego fue trasladado a Rincón de Cubillos (Barrio México). Mientras que la Plaza Nueva, según Polakowski, era un sitio abandonado, donde se vendían gallinas, huevos, mantequilla y azúcar moreno (dulce de tapa). Lo mismo que recipientes de barro crudo de fabricación nacional o traídos de Guatemala (2001:246). Esta Plaza Nueva se ubicaba en el sitio donde luego se construyó el Mercado Central. A mediados del siglo XIX, por razones de ornato y saneamiento urbano, se dispuso la creación de “plazas nuevas” para separar las ventas según el tipo de productos, o sea, un mercado de abastos, carne y leña (Sanou y Quesada, 1998:230), origen de la plaza nueva a la que hace referencia Polakowski.

47 La reja y la fuente y parte del material para la cañería lo compró el ingeniero Ángel Miguel Velásquez en Inglaterra, comisionado por la Municipalidad de San José, la cual pagó por los gastos (González 1925:103).

Estas plazas fueron algunos de los espacios públicos nuevos que se conformaron entre 1850 y 1870, con diferentes usos y funciones, me refiero a la Plaza de la Artillería, a la Plaza de la Fábrica, a la Plaza Nueva, al Mesón de Mora (mercado semicubierto en las inmediaciones del Hospital San Juan de Dios) y a pequeñas plazuelas que dieron cuenta de una mayor especialización en la ciudad.

Fuera del mercado: “monotonía” y quietud

Con excepción de la algarabía de los sábados, la imagen de la vida cotidiana para los viajeros, en las ciudades principales en Centroamérica, fue la de ciudades tranquilas y monótonas, San José no fue la excepción. La arquitectura colonial cerrada y la unidad rectilínea, fruto del “cordel y la regla”, influyeron en esta percepción. De primera entrada, cuando los viajeros solo podían transitar por las calles y no tenían acceso al interior de las casas, les sorprendía lo desolada que quedaba la ciudad, especialmente después de que cerraban los comercios. De muchas formas, durante buena parte del siglo XIX, existía en San José una vida interior cerrada al “público” o al extranjero de paso, que daba un aspecto sombrío y desolado. Esta quietud y hermetismo se reforzaba por la arquitectura y organización colonial que prevaleció en estas décadas, como lo manifestó Joseph Lafferrière: “Sin embargo, mientras que uno entra a la ciudad en busca del lujo exterior, la desilusión nos gana. Las calles son frías, las casas de apariencia glacial [...]” (39). Después de las seis o siete de la noche, al cierre de los comercios, las calles quedaban desiertas, Helmuth Polakowski señalaba: “A partir de las 7:30 están las calles como muertas, ¡uno parece pasearse por una ciudad abandonada por sus habitantes! Las ventanas enrejadas las trancan hasta con contraventanas, de modo que a la ciudad no le llega ni un rayo de luz proveniente de las habitaciones alumbradas”(2001:203-204).

A pesar de la percepción de quietud en las calles josefinas por parte de los extranjeros, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, gracias al éxito cafetalero se inició en San José una creciente diversificación en la oferta de servicios, diversiones y bienes de consumo. Por un lado, Patricia Fumero señala el inicio de una ascendente oferta de casas de alquiler y locales comerciales, la apertura de hoteles, hostales, restaurantes, fondas, clubes y las primeras boticas, servicios de diligencias y caballerizas (Fumero, 1992). Lo mismo que de nuevas diversiones urbanas como clases de dibujo, baile, idiomas, conciertos y funciones de teatro. Por otro lado, Patricia Vega se refiere a la diversificación de los patrones de consumo en San José con la oferta de nuevos y más sofisticados productos de importación, vestuario, muebles y enseres domésticos, especialmente de Europa. Lo mismo que la apertura de nuevos establecimientos comerciales en manos de extranjeros (Vega, P., 1992).

Un aspecto que pervivió casi a lo largo del siglo XIX, hasta que se introdujo una nueva nomenclatura moderna, fue que las calles conservaron la costumbre colonial de llamarlas según las vivencias cotidianas, ya fuera por el nombre de algún personaje (Calle del Presidente, de Chapuí o del Padre Velarde), un referente significativo urbano o de algún oficio público (Calle de las Lavanderas, de la Laguna) o por el edificio de mayor importancia (Calle del Carmen, de la Universidad, del Cuño, de la Cárcel) (figura N.º 4).

A las calles principales como la del Comercio o de la Catedral, se les fueron sumando nuevos nombres conforme se construyó la nueva infraestructura pública en la ciudad, como la calle del Teatro (Teatro Mora), la calle del Hospital (Hospital San Juan de Dios), por citar solo algunos ejemplos. En suma, hasta la introducción de una nueva nomenclatura moderna en la ciudad, las calles y avenidas de San José conservaron durante la mayor parte del siglo XIX los nombres de la cotidianidad urbana josefina.

Viviendas, infraestructura y servicios públicos

La arquitectura doméstica en San José, a lo largo del siglo XIX, tuvo pocas variantes respecto del período colonial, ya que los gruesos muros de adobe o bahareque y las tejas para los techos, fueron los materiales de construcción por excelencia que caracterizaron el paisaje urbano en este período. La conocida descripción que hizo el inglés John Hale sobre la arquitectura doméstica, fue la que predominó en la capital josefina durante gran parte del siglo XIX. La elaboración de los bloques de adobes para las viviendas, requería una técnica muy elaborada descrita por Hale en 1825:

las casas consisten en un piso bajo únicamente, cuyas paredes están hechas de adobes o ladrillos de una arcilla que parece tierra, que mezclan con césped picado o bagazo de caña de azúcar, haciéndola pisar por bueyes para que estos ingredientes se amalgamen bien. Luego hacen ladrillos de dos pies de largo unas doce pulgadas de ancho y cuatro o cinco de grueso que ponen a secar al sol y duran setenta u ochenta años cuando están bien hechos” (Hale, 1982:24).

El material para las casas de adobes provenía de una laguna al este de la ciudad, que existía desde 1790 y que luego se desecó para convertirse en el Parque Morazán⁴⁸ (Fernández L., 1889:466). Las puertas, las ventanas y el techo eran generalmente de madera, según Hale de cedro y los techos de teja. Los pisos tenían un pavimento de ladrillo cocido al fuego. La escasa y rudimentaria decoración al interior de las viviendas, variaba de acuerdo con los recursos económicos de cada familia.⁴⁹ En este período todavía no se usaban vidrios para las ventanas, novedad introducida en las casas de los más ricos hacia mediados del siglo XIX. Dunlop, al comparar las viviendas en San José y Guatemala, decía que “las casas nunca tienen más de un piso bajo; unas pocas son de piedra, pero, con mucho, la mayor parte de tierra. Sin embargo en lo tocante a la distribución interior y a las comodidades solo son inferiores a las de Guatemala [...]” (Dunlop, 1982:112).

Trollope señalaba que en 1858: “Las casas son bastante cómodas. Tienen puertas y ventanas muy comunes, uno o dos pisos, según la riqueza de sus propietarios y por fuera se ven decentemente limpias, aunque parecen sucias por dentro” (Trollope, 1982:468). Para 1880, el cambio arquitectónico comenzó a ser visible, especialmente en las casas de la élite urbana. El aspecto general de las casas que había prevalecido en el siglo XIX,

48 En 1808 se le dijo al alcalde de San José que era “necesario desaguar la laguna que se estaba formando en el lugar de donde se habían sacado los adobes para construir las casas de la población” (Mora N., 1973:16).

49 Para un análisis de las viviendas ver Molina J. (1993b).

comenzó a denotar algunas diferencias en las clases acomodadas urbanas, como por ejemplo la introducción del ladrillo y la existencia de una sala de recepción como lo aseveró el francés Paul Biolley (1889:41):

Las casas son generalmente construidas con ladrillos [...] las viejas viviendas tienen las paredes de adobes. Tienen al fondo o en el interior un jardín o patio invisibles desde la calle. Las habitaciones dan a los patios o jardines y permiten la distribución del aire y la luz. Los cuartos son generalmente demasiado, en efecto, pequeños e incómodos, menos la gran sala de recepción.

Con respecto al sistema de excusados de las viviendas, eran simples fosas cavadas en el suelo en la parte posterior de la casa, donde quedaban las materias fecales depositadas. Una vez que la fosa se llenaba, se cerraba con tierra y se abría el hueco en otro lugar, sistema que fue utilizado en la mayor parte del siglo XIX y que planteó serios problemas cuando la ciudad comenzó a crecer y se obligó a los usuarios a vaciar los excusados por razones de higiene pública (Lachner, 1902:213).

En la administración de Braulio Carrillo se empedraron por primera vez las calles de San José (1837). Este sistema precario fue muy criticado por algunos viajeros, entre ellos Scherzer, ya que el tamaño y calidad de las piedras hacía muy difícil el tránsito: “el pavimento consta de pequeños cantos rodados de los ríos y deja mucho que desear”.⁵⁰ En 1865 se importó la primera máquina quebradora de piedra del sistema macadam, que permitió la pavimentación de las calles de San José (Vargas y Zamora, 2000:210). Este sistema de empedrado consistió en rehacer las calles con pedazos de piedras y arena sobre una base de piedra. Una ligera inclinación de la calle hacia los lados permitía la evacuación del agua y que no penetrara en la base, lo cual significó un gran avance con respecto al sistema de pavimentación que existía hasta entonces.⁵¹

En cuanto al abastecimiento de agua potable, la acequia del Padre Pomar que mencionamos en los orígenes de la ciudad, se siguió utilizando durante la mayor parte del siglo XIX.⁵² En 1820, por iniciativa del gobernador Tomás de Acosta, se amplió el sistema de distribución de aguas por medio de la construcción de diversas acequias y se dio el servicio a las casas particulares. Para filtrar el agua, las familias de mayores recursos utilizaban una piedra esponjosa, material que se encontraba en las inmediaciones de la ciudad (Lachner, 1902:210). El primer alumbrado público en algunas vías principales de San José, se instaló en 1841, y fue promovido por Braulio Carrillo. Este alumbrado consistía en faroles de candelas de sebo, un sistema muy limitado que duraba tan solo unas pocas horas y que además debía ser financiado y mantenido por los vecinos (Calvo, 1886:173).⁵³

50 Según Joaquín Bernardo Calvo, el primer empedrado construido en 1837 fue gracias a José Rafael Gallegos, comisionado especial de la Municipalidad. (Calvo, 1890:191).

51 El sistema creado en 1816 fue conocido como “macadam” en honor a su fundador, el inglés John MacAdam (1821). La primera parte del libro está consagrada a como construir calles. La versión original se publicó en Bristol, Inglaterra en 1816.

52 La vieja zanja del padre Pomar y Burgos se cerró definitivamente en 1879 (Vargas y Zamora, 2000:75).

53 La medida obligaba a los vecinos que estaban en un radio de cuatrocientas varas de la plaza principal, a iluminar el frente de sus habitaciones desde las siete hasta las diez de la noche. Los gastos de instalación y

La religiosidad “profana”

En San José no existían ni conventos ni monasterios, como en otras ciudades centroamericanas; y para mediados del siglo XIX, la capital tenía tan solo tres iglesias: la Catedral, la Merced y el Carmen.⁵⁴ Para Moritz Wagner (1974:172), las iglesias de San José no merecían mucha descripción, ya que “son más pequeñas y pobres que las de cualquier otro país católico.” En la década de 1850, la Ciudad de Guatemala tenía alrededor de cuarenta edificios religiosos, entre iglesias, conventos, monasterios y congregaciones.⁵⁵ Al compararlas con las tres iglesias de San José, las cuales no solo eran pocas sino que estaban pobremente decoradas en su interior y eran muy sencillas en su arquitectura, se contextualiza el asombro por la escasez de iglesias en San José, sobre todo para aquellos viajeros que habían estado en Guatemala. Todavía para 1886, Joaquín Bernardo Calvo (1886:174) señalaba que de los “templos por su elegancia y hermosura, la Catedral únicamente puede citarse. La iglesia del Carmen una vez concluida, le seguirá por su buena construcción de mampostería y hierro. La iglesia de la Merced nada tiene de particular y las de Soledad y Dolores están en construcción. Meagher visitó al obispo en su estadía en la capital, y este se lamentaba con el viajero de que las iglesias en San José no tenían ningún interés para el extranjero, ya que según la opinión del obispo:

No contenían obras de arte, ni pinturas, ni esculturas y sus ornamentos eran muy escasos y de los más humildes. Los españoles concentraron en Guatemala toda la riqueza de la Iglesia de Centro América, y hasta hoy Costa Rica ha sido demasiado pobre para enriquecer sus altares (Meagher, 1982:382).

Costa Rica fue elevada a diócesis en 1850 y la Parroquia pasó a ser Catedral; el primer obispo fue el padre Anselmo Llorente y Lafuente (1851-1871), al cual visitó Meagher en su estadía en San José (Thiel, 1902:313). Fue gracias a la independencia eclesiástica que se comenzaron a construir en San José nuevas parroquias, como el caso de la Soledad y la Dolorosa, cuya construcción se inició en 1850, pero que no se completó hasta la década de 1890, por lo que prácticamente San José tuvo tres iglesias la mayor parte del siglo XIX. La construcción de la Soledad y la Dolorosa fomentó la creación de nuevas plazas públicas y el crecimiento de la ciudad en sus alrededores. David Díaz señala, además, que los templos parroquiales tuvieron un protagonismo central en las actividades oficiales, especialmente durante el gobierno de Mora. Las iglesias fueron el lugar seleccionado por el gobierno para realizar los nuevos rituales políticos, como la celebración de la

mantenimiento debían ser financiados por cada persona, lo cual no fue acatado por los habitantes (Gaceta de Costa Rica, 5-4-1851, citado en *Páginas Ilustradas*, año 1, N.º 3, 17-1-1904, pp. 6-9).

54 En diciembre de 1818, Nicolás Castro concluyó la construcción del edificio para la Casa de Enseñanza de Santo Tomás y se bendijo en una capilla en su interior que se dedicó a Nuestra Señora del Carmen. (Fernández, L., 1907:552). Posteriormente se construyó un templo dedicado a la Virgen del Carmen en 1845 –en su emplazamiento actual– gracias a la donación de las hermanas Quirós Castro, cuyo aspecto actual obedece a renovaciones arquitectónicas que se hicieron unas décadas posteriores (Bustamante, 1996:90 y 100).

55 *Bibliothèque nationale de France*, Section Cartes et Plans, Ge. Angrand 82. *Plano topográfico de la Ciudad de Guatemala*, levantado por Julián Rivera y corregido en 1858. En este plano se contabilizaron 26 iglesias (ermitas), 4 monasterios, 6 conventos, 1 congregación y 3 beatarios.

independencia en la década de 1850 (Díaz, 2007:44-47). Existía también una pequeña iglesia protestante, según Polakowski (2001:241):

La única iglesia protestante en el país y en toda Centroamérica se encuentra en San José: es un edificio sencillo, pequeño, situado en un bonito jardín. Nunca los protestantes han sido molestados, ofendidos o ridiculizados [...]. El pueblo es muy educado o indiferente como para ser fanático. La iglesia se mantiene en parte con contribuciones de los protestantes que residen en Costa Rica, y en parte con subvenciones de una sociedad misionera inglesa. Las prédicas y demás servicios religiosos se hacen en lengua inglesa; como me dijo el predicador protestante, no le está permitido predicar en lengua española, o hacer proselitismo para su confesión.

A raíz de la fundación de la República de Costa Rica en 1848, el establecimiento de relaciones diplomáticas y la firma de tratados de cooperación con algunos países protestantes como Inglaterra, se garantizaron los derechos de los extranjeros, también en materia religiosa, y se construyó una iglesia y un cementerio para protestantes en San José.⁵⁶

En el dibujo realizado por el artista Guillon para ilustrar el libro de Joseph Laferrière, se observa el edificio de la vieja Parroquia de San José antes de las remodelaciones de 1873 (figura N.º 6).⁵⁷ Sobre este edificio, Meagher decía que: “su construcción es de piedra y lava y lo único notable de la fachada son las altas puertas flanqueadas de columnas salomónicas [...] el aspecto del interior de la catedral es notable y hermoso. Con los materiales más sencillos [...] los vecinos de San José han fabricado un templo que no desmerece de la fe que atestigua” (Meagher, 1982:284). Al erigirse San José en diócesis, se acordó la remodelación de la vieja parroquia, cuyas obras se realizaron entre 1871 y 1878. Entre los cambios más significativos estuvo la construcción de una nueva fachada de tres cuerpos con torres-campanarios y la ornamentación de sus interiores con pinturas y vitrales traídos de Francia (Sanou y Quesada, 1998:205-206). A pesar del reducido número de iglesias que tuvo San José durante el siglo XIX, las actividades religiosas, como las procesiones, tuvieron un lugar central en la vida de sus habitantes, además de ser una de las escasas “diversiones urbanas”, especialmente para las mujeres. Como se refiere Moritz Wagner:

Además de las fiestas cívicas de diciembre, las festividades religiosas producen algún cambio en la monotonía de la vida de la Capital de Costa Rica. Las procesiones religiosas públicas gustan especialmente a la parte femenina de la población. La mujer, que casi no tiene distracción alguna y que no puede ocupar su fantasía, visita la iglesia con mucho más diligencia que el hombre, que prefiere divertirse jugando naipes o asistiendo a las peleas de gallos (199).

56 Para ampliar sobre el tema ver Montero (1978) y Nelson (1983).

57 Este libro contiene más de 35 grabados de ciudades de Centroamérica.

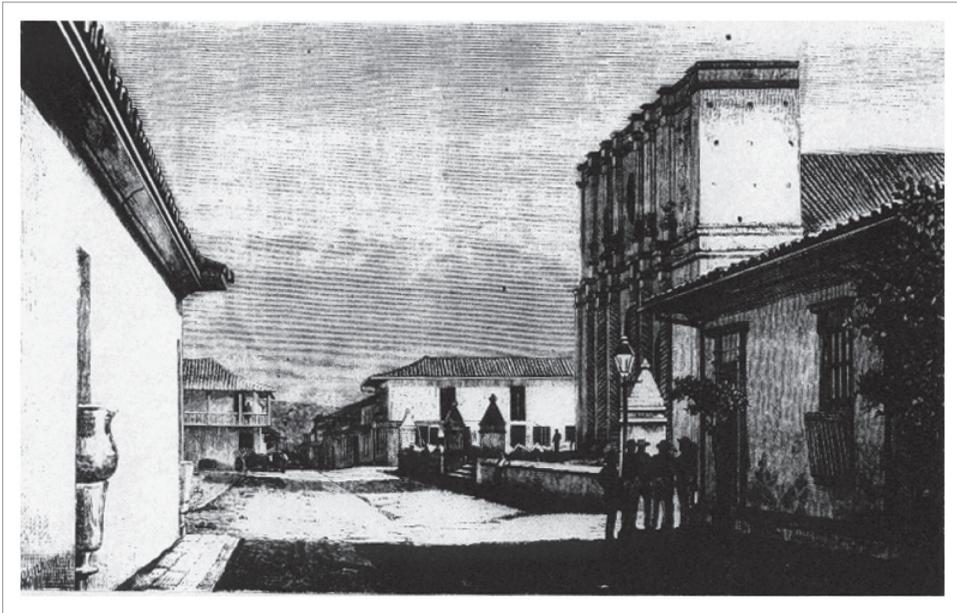


Figura N.º 6. Catedral de San José.

Fuente: Laferrrière, Joseph, p. 76.

En opinión de los extranjeros, las procesiones religiosas tenían un carácter bastante profano. Anthony Trollope quien presencié las celebraciones de Semana Santa en 1859, estimaba que los costarricenses no eran un pueblo especialmente religioso: “Todos son católicos romanos y es lo más probable que lo sean sin excepción, sus padres y sus madres lo fueron antes que ellos y esto es de cajón” (Trollope, 1982:474). De la misma opinión fueron Moritz Wagner en 1857 y Laferrrière en 1873. Wagner decía que “la población es creyente, pero sin fervor; visita el templo más por costumbre hereditaria que por impulso propio” (211) y Laferrrière mencionó a las ceremonias religiosas como sitios para la sociabilidad:

Las ceremonias religiosas están aquí cargadas de un carácter horriblemente profano. Yo no he conocido nada más ridículo que religioso, estas fiestas, que son una pura excusa para el paseo el *toilette* y una mascarada para unos, y la ocasión de obtener ganancias para otros”(56).

La Semana Santa era la actividad de mayor importancia, el Viernes Santo congregaba no solo a la población de la ciudad de San José, sino también a una numerosa concurrencia de los barrios y pueblos del Valle Central. Trollope describió a las procesiones que se iniciaban desde las cuatro de la madrugada hasta la noche y mencionó que imágenes de cera del cortejo se traían de Guatemala: “Las imágenes del Redentor y de la Virgen aparecían con diferentes trajes y actitudes, según el período del día que se quería representar” (Trollope, 1982:476). Las imágenes eran llevadas en hombros por diferentes partes de la ciudad, pero desafortunadamente ningún viajero señaló el recorrido de la procesión dentro de la misma.

En junio de 1863, Belly asistió a la procesión de la Fiesta de Dios e hizo una “radiografía” social de la población del Valle Central, tanto de los habitantes de la ciudad como del campo y resaltaba las diferencias sociales y económicas. Belly (1867:393-394) se refirió a la procesión con gran sorpresa, ya que fue una ocasión de oro que le permitió, según sus palabras, “estudiar de cerca los tipos *mélangés* y la admirable fusión de esta sociedad vigorosa [...]” concentrada en unas cuantas cuadras de la capital.⁵⁸ Belly había estado por primera vez en 1858 en San José y lo que más le llamó la atención fue que en tan poco tiempo se diera un proceso de diferenciación socio-económica tan marcado que fue visible en la procesión. O, al menos ante sus ojos, quizás fueron más notorias las diferencias, por estar los diferentes grupos sociales presentes en el mismo espacio público. Al mediodía, después de la misa, la procesión salía de la iglesia encabezada por el obispo Llorente, en la que Belly remarcó la ausencia de alguna congregación de hombres o mujeres. La población estaba en las calles y hasta en las puertas y ventanas se seguía el paso de la procesión. Para Belly la atracción principal de la actividad, cuyo comentario fue “más profano que religioso”, fueron las mujeres del campo y la ciudad. Decía Belly:

Mientras que las primeras se han mantenido fieles a las blusas escotadas y al *rebozzo* [sic] de costumbre nacional, las segundas han francamente adoptado la vestimenta europea, menos el sombrero; pero el lujo y la elegancia está igualmente presente en ambos grupos (394).

Mas allá de las opiniones del francés con respecto a la vestimenta femenina, lo que cabe resaltar fue la creciente diferenciación económica y cultural entre la burguesía y el grueso de los campesinos y artesanos que, como plantea Iván Molina (1993:62-63), se profundizó después de 1860. Sitios donde, según las descripciones de viajeros, fue posible distinguir las jerarquías urbanas, compuestas *grosso modo*, por un alto porcentaje de campesinas y campesinos que vestían sus trajes tradicionales, y un pequeño grupo compuesto por una burguesía emergente con gustos a la europea. Esta situación reflejó el desarrollo de una cultura urbana cada vez más específica y diferenciada, que se expresó en el espacio público josefino, por ser el centro del cambio cultural en el Valle Central y en el país.

Juan Rafael Mora: preámbulo de la transformación

La consolidación del centro partido

A partir de 1850, se inició en San José un cambio cultural y una creciente europeización liderada por la elite cafetalera, que detentaba el poder político y comercial. La inserción de la economía costarricense en el mercado mundial, a través de la producción y exportación de café, promovió una diversificación de los patrones de consumo, una secularización de la sociedad, mayor oferta de bienes y servicios y una creciente diferenciación cultural.⁵⁹ Después de la declaración de la República de Costa Rica en 1848 y la

58 Belly, *óp. cit.*, pp. 393-394.

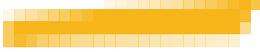
59 Para un análisis del cambio cultural ver Molina y Palmer (1992) y Molina y Palmer (1994).

Acerca de la autora

Doctora en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Helsinki (2007), DEA Université Paris 1-Sorbonne (2000). También realizó estudios doctorales en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París y obtuvo su maestría en historia en la Universidad de Costa Rica (1998). Ha sido investigadora y profesora en el Instituto Renvall de la Universidad de Helsinki e investigadora del Centro de Investigaciones Históricas de América Central. Ha publicado diversos artículos sobre historia urbana, de la arquitectura y cultural a finales del siglo XIX e inicios del XX y sobre las ciudades latinoamericanas contemporáneas. Su libro en el “En el barrio Amón”. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la elite urbana de San José, 1900-1935” fue publicado en esta misma editorial. Actualmente es investigadora en la Universidad de Helsinki.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



¿Para quién y para qué usos la ciudad se construye y se transforma? Esta obra estudia por qué y cómo se llevó a cabo el proceso de modernización urbana en San José entre 1880 y 1930. Se analiza el surgimiento de la ciudad burguesa y de los ideales de orden y progreso, en una pequeña capital centroamericana, con un acercamiento cultural del fenómeno. Las relaciones entre construcción de la nación, formación de clase y desarrollo urbano permiten entender las ambiciones de los liberales y el “modelo” de ciudad con el cual aspiraban a transformar a San José. La intelligentsia higienista –médicos, ingenieros y políticos–, lideró el cambio urbano y promovió una nueva concepción de la ciudad y segregación socio-espacial, la construcción de un espacio social de poder.

Al mismo tiempo, se estudia la construcción de un imaginario de la modernización a través de la literatura de viajes y de la fotografía urbana. La nueva estética de representación moderna, teatral-espectacular, creó una guía visual de cómo entender y conocer a San José. Una ciudad idealizada, real e imaginada a la vez, que se concentró casi exclusivamente en la fachada moderna, ordenada e higiénica de la ciudad burguesa e invisibilizó al resto de la ciudad y demás sectores de la población.